

colorchecker CLASSIC

x-rite

mm

R.13-632

CARTAS

Á EMILIA

sobre

LA MITOLOGÍA,

escritas en frances en prosa y verso

POR

Carlos Alberto Demoustier,

y traducidas por

D. Romualdo Gallardo.

PRIMERA PARTE.

MADRID: 1840.

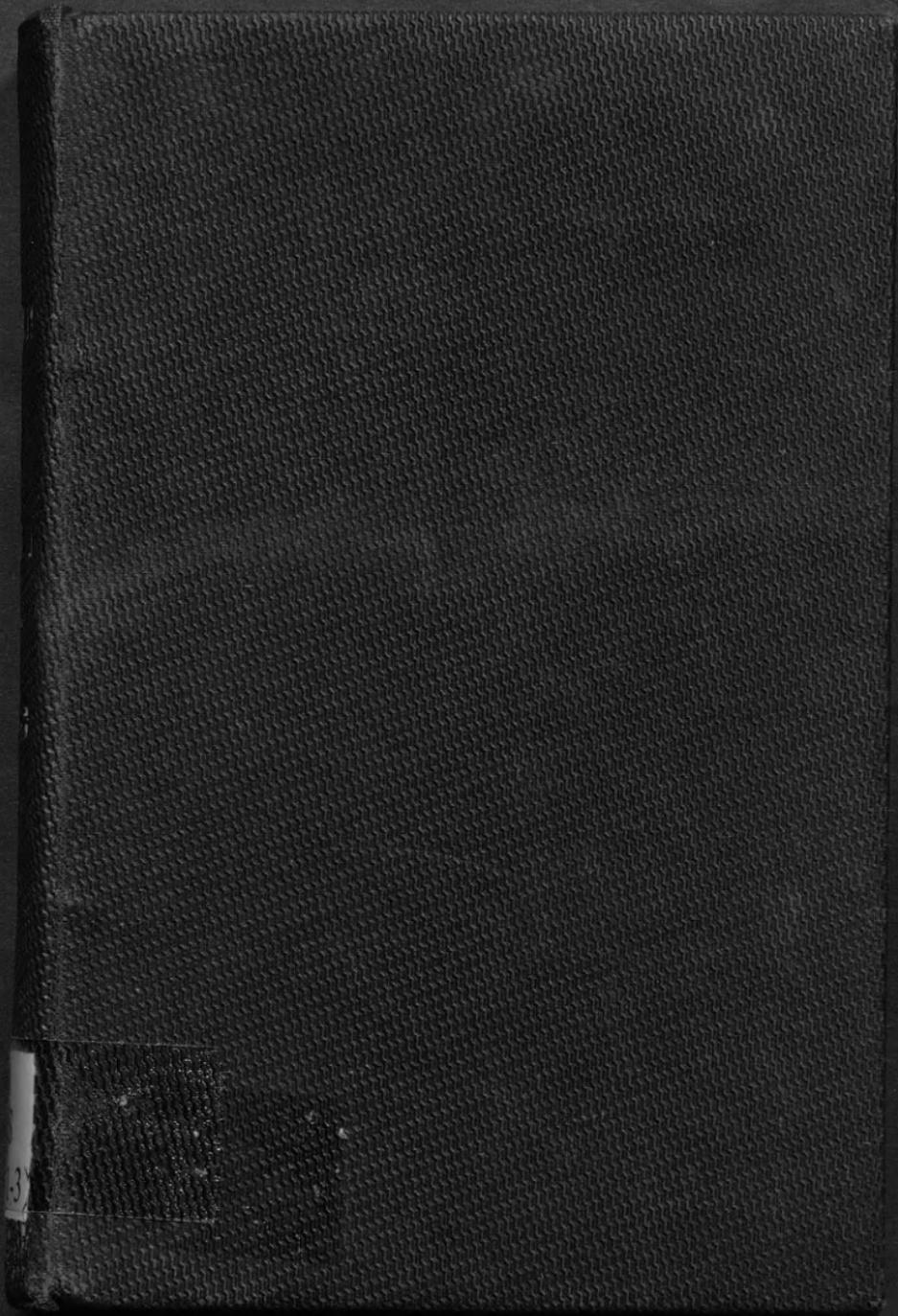
IMPRENTA DE D. MIGUEL DE BURGOS,

donde se hallará.



A. 1821397280

1428
(1-3)



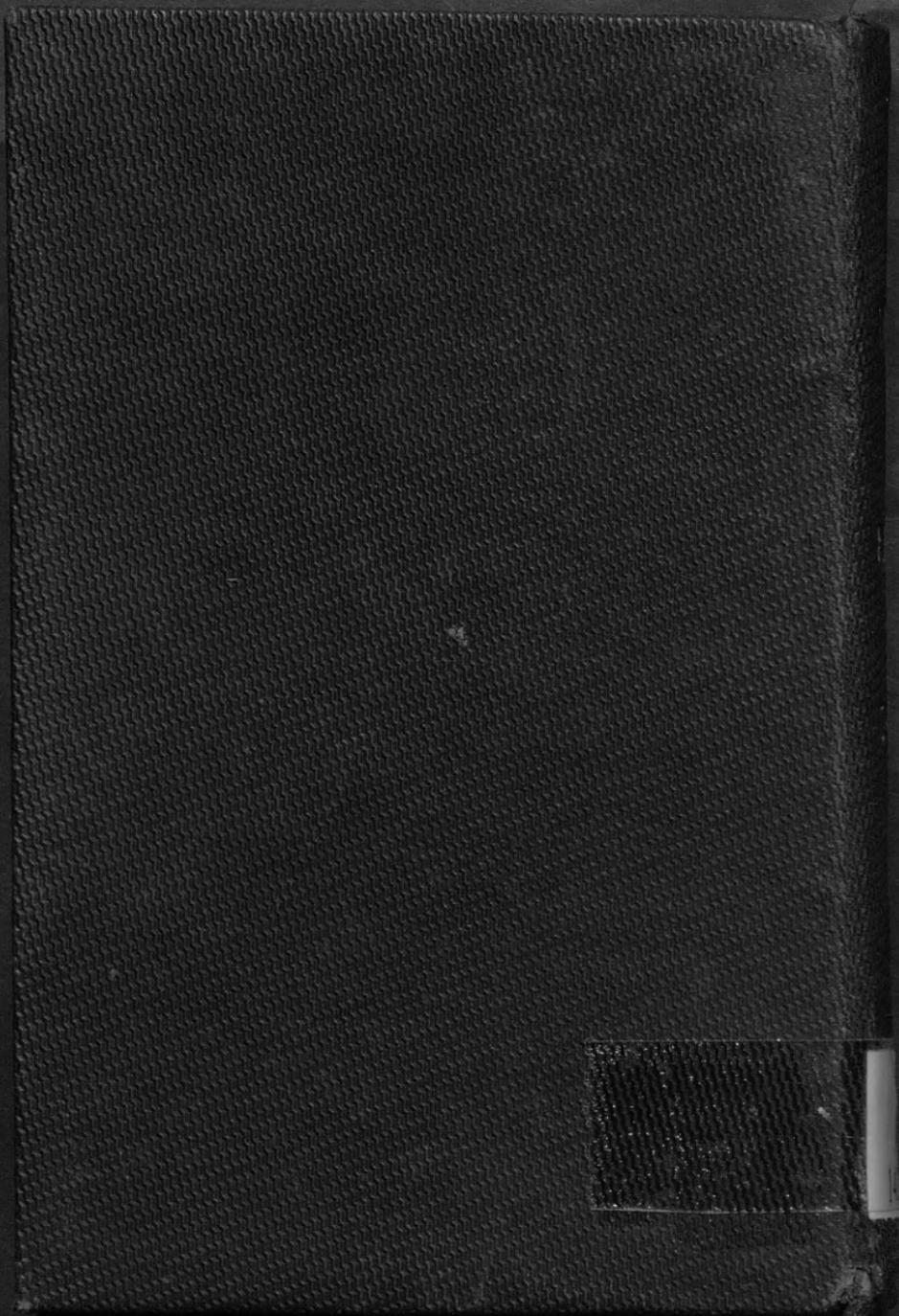
CARTAS

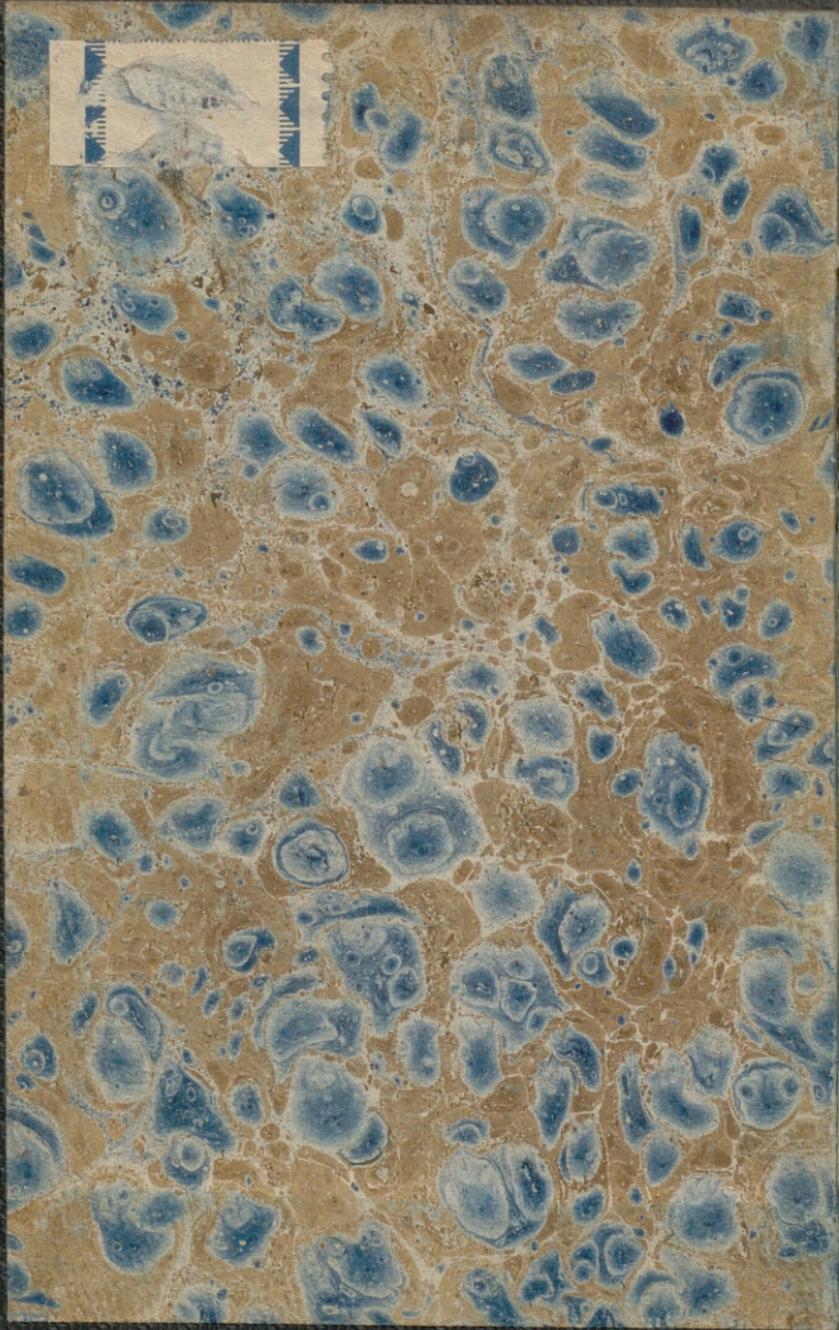
A

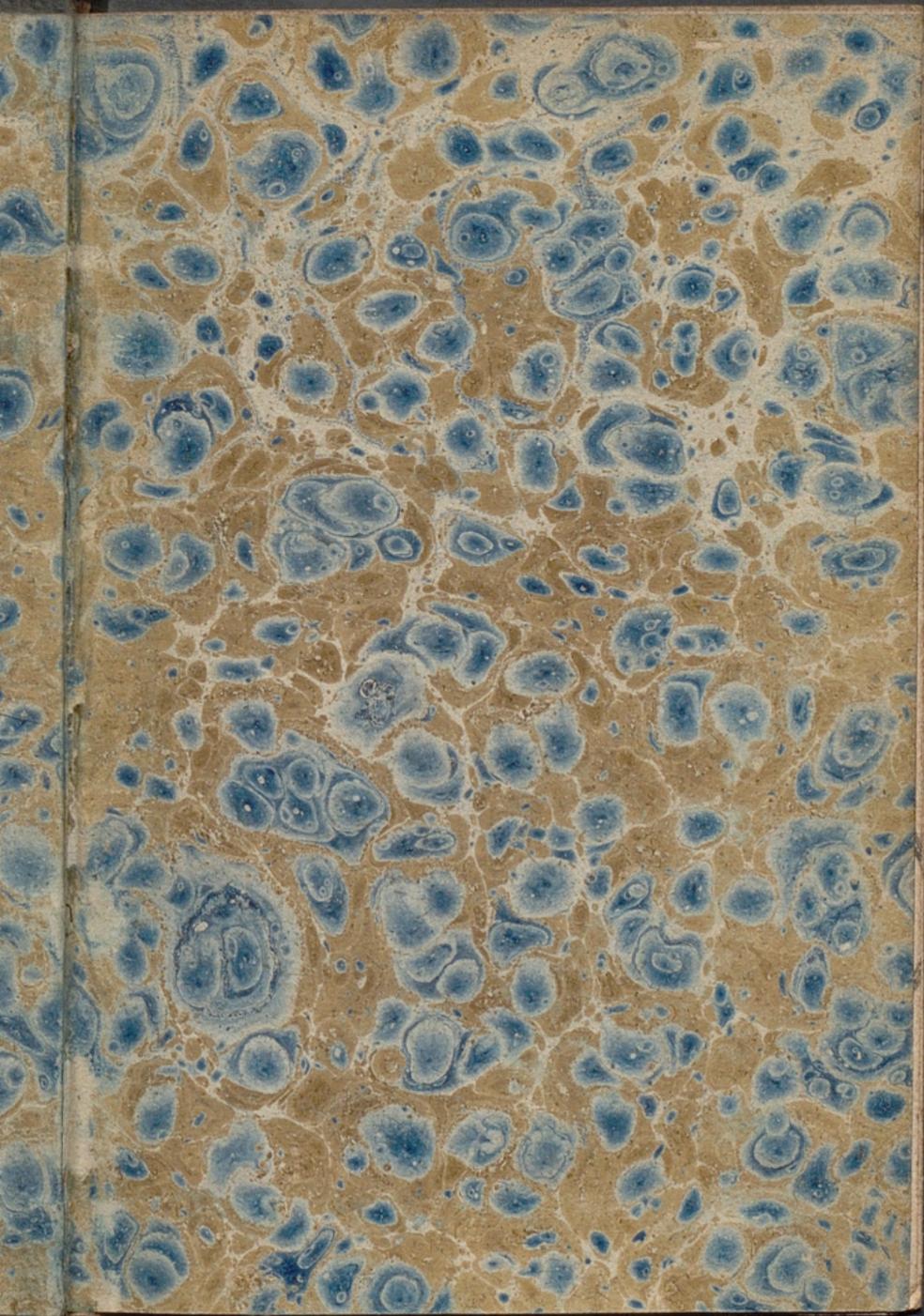
EMILIA

1-2-3

RES
1428(1-3)







R

A 181333780

R. 13-632

108
1488
(1-3)

CARTAS Á EMILIA

sobre

LA MITOLOGÍA,

escritas en frances en prosa y verso

POR

Carlos Alberto Demoustier,

y traducidas por

D. Romualdo Gallardo.

A. 1881377280

PRIMERA PARTE.



MADRID: 1840.

IMPRESA DE D. MIGUEL DE BURGOS,

donde se hallará.

V. Blando f. 40

LA MITOLOGIE
D. Blandin de G...
TOME I. PARTIE
MADRID: 1840
IMPRIMERIE DE D. MARCEL DE...
Rue de...

EL TRADUCTOR.

La utilidad del estudio de la *Mitología* bastaria sin duda á recomendar estas Cartas, si la novedad y finura con que el autor ha sabido pintar en ellas las aventuras de los dioses de la Fábula no hiciesen aun mas interesante su lectura. Careciendo nosotros de esta bella produccion, emprendí la tarea de traducirla á nuestro idioma, para lo que no he perdonado diligencia, conato ni consulta á fin de vencer las no pequeñas dificultades que á cada paso me ofrecia su mucha versificacion. Ignoro si aun asi habré desempeñado mi tarea con la precision que me propuse al emprenderla.

El abandono y desprecio en que ha caido la *Mitología*, á causa del nuevo

rumbo adoptado por la literatura, hará parecer á muchos inútil é intempestivo el trabajo que me he tomado; pero yo le considero de otro modo, y creo que los conocimientos mitológicos son y serán siempre necesarios á todo el que quiera comprender cuanto en poesía se ha escrito hasta el presente, pues aquella ciencia ha sido, digámoslo así, la inagotable mina á donde el pintor, el poeta y el literato han acudido sin cesar en busca de bellezas para presentar con mas gala sus pensamientos é inspiraciones. Si las siguientes Cartas, dedicadas expresamente por su autor al bello sexo, consiguieran cautivar la atencion de este, haciendo mas agradable el estudio de la Mitología, mis deseos quedarian satisfechos.

À EMILIA.

De los hierros de Themis libertado
 En casa de Pomona yo me hallaba
 De mis fieles amigos rodeado;
 Mas ¡ah! mi corazón allí no estaba.
 Mil veces, en la estancia retirado,
 La triste languidez me recordaba
 Que tus gracias y encantos superiores
 No permiten descanso á los amores.

Y queriendo calmar la violencia
 Del volcan que mi seno consumia,
 Lloraba de mi médico la ausencia
 Trazando su retrato el alma mia;
 En tan larga y cruël convalecencia,
 Del modelo privado, reunia
 Las antiguas y célebres deidades
 Y pintaba tus bellas realidades.

À todos tus encantos naturales
 Unia el atributo de Minerva,
 Ó de Venus, ó de otras inmortales;
 Y yo me atribuía sin reserva
 La parte de aventuras celestiales
 Que sufrió de los dioses la caterva,

Exceptuando tan solo por recato
El papel de Mercurio, nada grato.

Preciso es confesar, Emilia hermosa,
Que en tal metamorfosis yo ganaba,
Pues estando á mi cargo hacerte diosa,
La ilusion mi trabajo compensaba:
Los amantes no quieren otra cosa.
Solo fiel amistad, que no se acaba,
Es del pecho la historia verdadera:
El Amor es la fábula embustera.

Si hubieses atendido á mis razones,
Hace tiempo se hubieran estrechado
Nuestros tiernos y amantes corazones,
Y á la Historia la Fábula juntado.
Hoy tu amigo te ofrece los borrones
Que su tosco pincel ha bosquejado:
Espero disimule tu indulgencia
Si en descuidos cayó mi negligencia.

Si á destierro la Sátira condena
Estos hijos que libres han nacido,
Y cuya sencillez, de candor llena,
La sonrisa en tus labios ha movido,
Conformarme sabré sin tener pena,
Y diré "que el Amor me ha seducido,
Pues creí que, agradando á la que quiero,
Agradaba tambien al mundo entero."

PREFACIO.

¡Oh tú, sexo apreciable,
 Que al talento proteges compasivo,
 Y cuyo trato amable
 Anima de las artes el cultivo!
 ¡Oh, séres que poneis en armonía
 El placer, la moral, la poesía,
 La moda caprichosa,
 La ficcion y política engañosa!

Instruidos doctores,
 En las ciencias de amor y de locura
 Sublimes profesores;
 Acoged esta obra con ternura.
 Dispensad de la crítica severa
 A una Musa que emprende su carrera,
 Y de vuestra acogida
 Depende, á no dudar, su muerte ó vida.

Perdonad si os ofrece
 Una obra de mérito vacía,

Mas ella os pertenece
 Por ser parto de amor y fantasía.
 Si en su cántico dulce ó desabrido
 Encontrais aquel bello colorido
 É ingenioso deleite
 Que la verdad presenta sin afeite,

 Á vosotras le debe,
 Que á su pluma servísteis de modelo,
 Y á ofreceros se atreve
 La copia que ha trazado su desvelo.
 Mas si tantos esfuerzos no han bastado
 Á imitar de las bellas el agrado,
 Aprenderá gustosa
 Á callarse, que es obra mas costosa.

PRIMERA 101

CARTAS A EMILIA

SOBRE

LA MITOLOGÍA.

CARTA PRIMERA.

Amable Emilia: Ya que V. me ha mandado que le refiera la historia de los dioses de la Fábula,

Permitid que tambien la Poesia,
De la Fábula amiga inseparable,
Y del Amor intérprete admirable,
Con la prosa concurra á la armonía.

No ignoro quanto á V. le desagrada tomada en su última acepcion, mas ¿á quién hemos de culpar sino al talento y hermosura que V. posee? No le aconsejaré, sin embargo, que se deshaga

de tan preciosos dones; son una carga, lo confieso; pero reflexionad que existen contradicciones cuya causa al menos las hace soportables.

¡Oh cuantas bellezas, ahora marchitas,
A quienes cercaban suspiros de amantes,
Hoy echan de menos los gratos instantes
Que no aprovecharon cuando eran bonitas!

La historia que voy á referir comprenderá solamente á los dioses que han merecido alguna reputacion, y á quienes se coloca en la primera clase *, pues aunque existieron otros muchos **, ni aun memoria se conserva de sus nombres, y asi nuestro Calendario es una bagatela si se compara al de los antiguos.

Estos en primer lugar rindieron adoracion á los astros, y por lo tanto el Cielo es el mas antiguo de todos los dioses. Consagraron despues su culto á los héroes, tales como Júpiter y Baco: en seguida á las virtudes, bajo el nombre de Minerva: poco despues á las bellas artes y á sus inventores, bajo el nombre de Apolo y de las Musas; y fi-

* *Dii majores.*

** *Dii minimi.*

nalmente á los animales y plantas; diré á V. el motivo:

Queriendo los Titanes orgullosos
 Combatir contra Júpiter Tonante,
 Nombraron generales al instante
 De rostros en verdad poco graciosos.
 Ocuparon destinos tan honrosos
 Encélado feroz, alto gigante,
 Que sostuvo el asalto vigilante
 Arrojando peñascos espantosos;
 Seguía el formidable Briaréo,
 De cien brazos armado; y el temible
 Hombre-serpiente y colosal Tifeo,
 Cuyo rostro feroz, largo y horrible
 Tocaba al cielo; y cual á frágil bola
 Removía la tierra con su cola.

Al aspecto de estos señores se desmayaron todas las deidades, y los dioses, en vez de socorrerlas, se supieron escurrir con suma destreza, buscando su seguridad en Egipto, donde, para no ser reconocidos de los Titanes, se trasformaron

Unos en ratones, gatos, comadreja,
 Otros en lechugas, cebollas, lentejas *,
 Muchos en pescados, en plantas y flores,
 Con cuyo motivo se hicieron señores
 De todo el Egipto, que necio adoraba
 A cuantos objetos su vista tocaba.
 Así muchas veces el pueblo inocente,

* Es bien sabido que los egipcios adoraban hasta las legumbres de sus huertos.

Del Nilo admirando la mansa corriente,
 El ver presumia con ojo turbado
 Nadar por sus olas un dios disfrazado;
 Y luego mil otros en formas extrañas
 Poblar los jardines, la selva y montañas.

De este modo el número de los dioses que habitaban en la tierra sobrepujó bien pronto á los que habitaban en el Olimpo.

Para establecer algun órden entre la numerosa caterva de divinidades se suele dividir las en cuatro clases. Se coloca en la primera á los dioses supremos; en la segunda á los dioses subalternos; en la tercera á los semi-dioses, y en la cuarta á las divinidades que el pueblo adora, y que componen la canalla celeste.

Las divinidades del primer órden son en número de veinte, pero tan solo á once ha concedido Júpiter el honor de asistir á su consejo, el cual se celebra del siguiente modo.

En su trono de luz resplandeciente
 Colocado Jovino omnipotente,
 Por tres veces se suena y estornuda,
 Y despues, con voz ronca y campanuda,
 Hace la relacion de un formulario
 Dispuesto por Apolo el secretario.

Mientras Juno con tono desabrido
 Contradice, qual siempre, á su marido,

Neptuno, su cuñado, á los esposos
Reconcilia con lazos amorosos.

Vesta, su abuela, de ambos muy amada,
Se dispone á meter su cucharada;
Pero Marte contiene su imprudencia
Cortando con un grito la pendencia.

Mas reflexivo y menos alterado,
En un tono mas grave y sazonado
Vulcano abrir su boca solícita,
Pero Venus con sorna así le grita:
Cállese, si le place al jorobado;
El marido oye, ve y está callado,
Limitándose solo á estar presente;
Y volviéndose á Jove omnipotente,
Le mira con agrado, y en seguida
Pronuncia la sentencia apetecida.
Mercurio con un rasgo muy lijero
La decision apunta lisonjero;
Gruñe Diána, Ceres se sonroja,
Y Minerva entre sí rabia y se enoja;
Mas, queriendo evitar las desazones
De los dioses, aprueba las razones.

Las otras divinidades del primer
orden, como son el Destino, Saturno,
Genio, Pluton, Baco, el Amor, Cibe-
les y Proserpina se hallan excluidas del
consejo de los dioses, por razones sin
duda poderosas, pues Jove no puede
tener otras. Se asegura sin embargo que
Cibeles y Proserpina tienen su taburete
al lado del de Juno, y aun siendo así
no es grande el favor que consiguen,
porque esta reina tiene un genio tan dis-

plicente que hasta se la acusa del poco miramiento con que trata á su abuela, á esa buena Vesta, que, aunque chocha, se porta á las mil maravillas. Mañana hablaré á V. de ella, pues habiéndome propuesto seguir el orden de antigüedad, Vesta reclama la preferencia.

Como la historia que voy á escribir está llena de inconsecuencias, prepárese V. á disimular las muchas que encontrará en mis cartas.

La Fábula es parecida á la mayor parte de nuestras cortesanas, cuyos talentos nunca nos seducen mas que cuando brillan sin sujecion á una lógica rigurosa; y luego

Quando escribo, Emilia mia,
Para ti cualquier renglon,
Turba al seso el corazon
Y hasta mi pluma extravía.

CARTA II.**VESTA Y CIBELES.**

En mi anterior prometí á V. algunas inconsecuencias, y vea V. la primera: Vesta, la madre, de quien ya he hablado, se casó el primer año del mundo con el Cielo, de cuyo matrimonio nacieron Titan y Saturno.

Esta anciana Vesta es la misma que Cibeles, y Cibeles es la misma que la Tierra. Además, Saturno veinte años después se casó con Rhea, que es la misma Cibeles, la misma Tierra, y aun se dice que la misma Vesta.

Para desembrollar semejante enigma,

Cual genealogista sabio
Este punto aclararé,
Y á la Historia seguiré
Sin hacer á nadie agravio.
Dioses nombrará mi labio
Que jamas habreis oido,
Y cuyo origen mentido
Se le dió la antigüedad
Que so color de verdad
Fingió lo que no ha existido.

Vesta, por otro nombre Cibeles, á

causa de la soberanía que ejerce sobre la Tierra, dió esta en dote á Saturno cuando le casó con Rhea, y por consiguiente el dia de la boda tomó Rhea el nombre de Cibeles, como nueva señora de la Tierra, lo que en adelante hizo confundirla con su suegra Vesta. Mas al trasferir Vesta el principado en la casa de su hijo, siempre se reservó el título y derechos honoríficos, de los que participa en compañía de su nuera; y por eso, aunque el culto de una y otra es muy semejante, se las representa de distinto modo.

A Cibeles, la madre de Saturno,
 La pintan con aspecto taciturno;
 Su frente de castillos coronada,
 Y en su mano arrugada.
 Un manojó de llaves y candados
 De todos los castillos arruinados.
 La lozana Cibeles, siempre hermosa,
 De Saturno fecunda y fiel esposa,
 En carroza tirada por leones
 Recorre sus regiones;
 Bailan en torno suyo Ninfas bellas,
 El Amor y Estaciones van con ellas.
 En celage de nubes despejado,
 Llevando en un tambor aprisionado
 Al Huracan, con gravedad camina.
 Cibeles peregrina,
 Interin Flora, Ceres y Pomona,
 Le tejen á porfia una corona.

El blando y suave Céfito volando
Se introduce en su seno, y jugueteando
Fisga cuanto vergüenza y ropa cubren,
Y sus alas descubren
El pezon de aquel pecho soberano
Que cria y alimenta al ser humano.

Cuando su estatua llegó á Roma se detuvo ante el embocadero del Tiber la nave que la conducia, y cierta Vestal llamada Claudia, queriendo tapar la boca á los que se atrevian á empañar su honor, se ató la nave á la cintura, y despues de una corta súplica, la condujo sin resistencia á la orilla; pero hay gentes tan incrédulas, que igualmente ponen en duda la veracidad de este hecho que la reputacion de la dama.

Mas, como quiera que fuese, la jóven Cibeles dió á luz una deidad, que bien pronto logró ser el idolo de su abuela, llegando hasta el extremo de quererle poner su mismo nombre, á cuyo deseo accedieron los padres por consideracion; y vea V. por qué motivo ya tenemos otra Vesta, que con el tiempo llegó á ser Diosa del fuego y de la virginidad, lo que á varios físicos modernos les parece contradictorio.

En su templo de Roma se conser-
I. B

vaba perpétuamente la pira encendida, y si por desgracia se apagaba, todo el pueblo hacia expiaciones y sacrificios para volverla á encender, lo que solo podia ejecutarse á los rayos del sol. El cuidado de su conservacion estaba encomendado á las Vestales, sacerdotisas que hacian voto de castidad, pero

El tierno corazon de estas doncellas
Encargadas del fuego sacrosanto,
Sintió no pocas veces el encanto
De la llama de amor y sus centellas.

**Mas ¡infelices aquellas que violaban su voto! pues inmediatamente se las enter-
raba vivas.**

Su inocencia, sus gracias y su llanto
Del verdugo ablandaban la fiereza;
El juez ver no podia sin espanto
Morir en tierna edad tanta belleza;
Los gritos de la victima entretanto
Conmovian del pueblo la tibieza.....
Si es delito el amar, Dioses terribles,
¿Por qué no las hicisteis insensibles?

**Adios, cara Emilia; por hoy no puedo
escribir mas: estas infelices Vestales me
han entristecido. Adios.**

Voy á buscar distraccion:
Si me hicieses compañía,
No diera en esta ocasion
Un dia de desazon
Por un año de alegría.

CARTA III.**SATURNO.**

El Cielo y Vesta tuvieron un número considerable de hijos: los principales fueron Titan, Saturno, el Océano, los Ciclopes, Ceres, Thetis y Rhea. Esta última, que era la favorita de Vesta, se enamoró ciegamente de Saturno y se casó con él: fué la que despues tomó el nombre de Cibeles.

Titan, como primogénito de la familia céleste, era el heredero presuntivo de la corona, y Saturno, su hermano inmediato, no podia aspirar á la soberanía, lo que tenia desesperada á Cibeles, y ya conocerá V. el motivo de su ambicion:

Cuando alguno se siente traspasado
De las flechas de amor, en el instante
A la cumbre del solio dominante
Solicita elevar al bien amado;
Y si mas alto puesto contemplára,
Alli su corazon le colocára.

La ambiciosa Cibeles, valiéndose del imperio que ejercia sobre Vesta, le per-

suadió como necesario que Titan cediese á Saturno el derecho de primogenitura, y Vesta persuadió lo mismo á su marido.

Titan, por no faltar á la obediencia, convino en ceder el trono á Saturno, siempre que este se deshiciera de todos sus hijos varones, para que despues de sus dias recayera la corona en los hijos de Titan. Aceptó Saturno esta condicion, y para mejor cumplirla se tragaba, acabados de nacer, cuantos hijos varones su mujer daba á luz.

Mas la jóven Cibeles, conociendo
De su esposo las fauces delicadas,
Un dia, quando estaba amaneciendo,
Jugóle cierta pieza algo pesada,
Sin caer el gastrónomo en la cuenta;
Pero yo la diré, oidme atenta:

Hallándose en cinta Cibeles de Júpiter y Juno, colocó al tiempo del parto en vez del primero una piedra en figura de muñeco; el buen Saturno, que seria sin duda corto de vista, se la tragó sin escrúpulo. Su estómago por fuerza debería estar mas corriente que su vista, pues al nacimiento de Neptuno y Pluton practicó dos almuerzos semejantes sin resentirse.

Pero, dejando esto á un lado, Vesta hizo criar secretamente á Júpiter en la isla de Creta, y ya tenia alguna edad cuando Titan, su tio, le descubrió. Este príncipe inmediatamente armó un ejército y marchó contra Saturno, á quien hizo prisionero con su esposa, y los encerró en el Tártaro; pero Júpiter burló su vigilancia y algunos años despues cargó de hierros á su tio, rompiendo los de sus padres. Saturno, restablecido en el trono, quiso deshacerse de su libertador, temiendo su valor y ambicion; pero Júpiter lo supo y le arrojó del Olimpo: entonces Saturno, destroñado para siempre, se fugó á Italia al pais de los Latinos, en donde reinaba Jano.

Alli trocó su cetro por la azada
Y en estrecha cabaña fué dichoso,
Convirtiendo un terreno montañoso
En tierra muy feraz y cultivada.

Al mortal enseñó la agricultura
Que ricas producciones nos dispensa,
Recibiendo Saturno en recompensa
De su pueblo el amor. ¡Feliz ventura!
Quien tal, fieles amigos, ha logrado
Bien merece cual Dios ser adorado.

Sin duda como á padre de la agricultura se representa á Saturno en figura de un viejo respetable, que tiene

en su mano derecha una hoz, y con la izquierda sostiene una serpiente que se muerde la cola, emblema de la prudencia, atributo principal de Saturno.

Todo el tiempo que este dios residió en Italia se llamó la edad de oro.

¡O siglo venturoso

De inocencia, candor y de llaneza,
En que el templo famoso
De la noble Equidad y la Franqueza
Por todo ser viviente concurrido
Sabio culto tenia establecido!

No con adornos vanos
La desnuda Verdad se disfrazaba;
La raza de Escribanos
Felizmente la tierra no embrollaba,
Y odiando la pomada y los aceites.
Brillaba la Hermosura sin afeites.

La cruel Inconstancia
El sencillo mortal no conocia:
Entonces la Constancia
En el pecho gozosa residia;
Y sin joyas, retratos ni diamantes
Se amaban con firmeza los amantes.

Bajo un techo habitaron
La Concordia, el Amor y el Himeneo,
Y no se separaron;
¡O siglo de placer y de recreo!
¿Volverás otra vez?..... ¡vana esperanza!
Nunca vuelven los dias de bonanza.

Para recordar este venturoso tiempo se celebraban en Roma todos los años por el mes de setiembre las *Saturnales*.

Mientras duraban estas fiestas se trastornaba el órden regular de la vida doméstica en memoria de las virtudes é igualdad que en otro tiempo habian unido á los hombres. Si las Saturnales se hubiesen celebrado en España se hubiera visto , por ejemplo :

Al Clero socorrer necesitados,
Residir la hermandad en los conventos,
Los señores servir á sus criados,
Y á sus amas tratar sin miramientos
Los graves y robustos prebendados.

Finalmente, se enviaban regalos unos á otros para manifestar que en tiempo del buen Saturno todos los bienes eran comunes.

Siento verdaderamente que este dios, á quien tengo por el único hombre de bien de la corte celeste, haya permitido que se le sacrificasen víctimas humanas, y acogido á los gladiadores bajo su proteccion; pero la circunstancia de haber facilitado el comercio, inventando la moneda, me reconcilia con él. La moneda que hizo acuñar representaba por un lado un navío, símbolo del comercio, y por el otro un hombre con dos rostros, que era el retrato del rey Jano.

Este príncipe, que habia acogido á Saturno durante su destierro, haciéndole partícipe de su trono, recibió en recompensa el don de conocer los sucesos pasados y aun los venideros; motivo por el que se le representa con dos caras. Ovidio dijo con mucha gracia que este era el único dios que se habia visto el culo. Le estaba consagrado el mes de Enero: se le representa con una llave en la mano derecha, para manifestar que abre las puertas del año, y en la izquierda una varita, como presidente de los augures.

Con motivo de un tratado celebrado entre Rómulo, fundador de Roma, y Tacio, rey de los Sabinos, le edificaron estos un templo, en el que colocaron doce altares, uno para cada mes del año, cuyo templo se hallaba siempre abierto en tiempo de guerra y cerrado en tiempo de paz.

Cuentan que al niño Cupido
Cruel guerra, ha declarado
El Himeneo ultrajado
Y hace tiempo aborrecido;
Mas si Emilia intercediera
Con ese Dios tan tirano,
Yo espero que consiguiera
Cerrar el templo de Jano.

CARTA IV.

JÚPITER.

Apenas nació Júpiter cuando le trasportaron al monte Ida, en la isla de Creta, y las Ninfas á cuyos cuidados le encomendaron, dispusieron inmediatamente una cuna de flores.

En ella blandamente colocaron
Este cuerpo infantil que en adelante
Haría estremecer raza gigante
Cuando fieros Titanes le atacaron.

De su cuna jamas se separaron
Los Juegos ni Alegria un solo instante,
La Paz acompañaba al tierno infante,
Y los Vientos su asilo respetaron.

De las aves el canto melodioso,
Del arroyo el murmullo en la cascada
Y el ambiente de Céfiro imperioso

Anunciaban de Jove la morada:
Las Ninfas encargadas de cuidarle
Ni osaban respirar por no alterarle.

Sin embargo, apenas comenzó á apuntar su dentadura se hizo tan pica-rillo que ni de noche ni de dia cesaba de llorar: entonces sus sacerdotes, llamados Corybantes, inventaron cierta

danza, que denominaban *Dactyle*, en la que, armados de escudos de bronce, se chocaban unos con otros, y el ruido que causaban impedia que Titan y Saturno oyesen los gritos del tierno infante y descubriesen su paradero. Pero con el pecho de su nodriza la cabra *Amalthea* se le solia acallar mas facilmente: á propósito dicen algunos que la leche de cabra alijera la cabeza, y Júpiter me obliga á creer que tambien influye en el corazon. Efectivamente,

Jamas un madrideño enamorado,
Cortejante feliz en sus conquistas,
Hábrá tantas victorias alcanzado
Sobre Cloris, matronas y modistas,
Como antaño Jovino en su ceguera
A mortales y diosas sedujera.

No me tomaré el trabajo de formar una lista de todas ellas, pero las principales fueron Antiope, Alcmena, Danae, Leda, Semele, Io, Europa, Egina, y Calisto. Ya se presentará ocasion de hablar á V. de ellas. Volvamos entretanto á la isla de Creta.

Agradecido Júpiter á su nodriza la cabra *Amalthea* que le habia alimentado, quiso recompensarla, y, trasformándola en constelacion, retuvo uno de sus

cuernos, el que regaló á las Ninfas que le habian educado.

Y como el cuerno divino
 La abundancia derramaba
 Sin cesar pasando estaba
 De un vecino á otro vecino.
 Hoy se ignora su destino;
 Hay quien dice con jactancia
 Que le posee la Francia
 Y en su erario le sepulta;
 Otros, que Themis le oculta
 En sus archivos predicen;
 Mas, como nada nos dicen,
 Queda la misma ignorancia.

Acababa Júpiter de salir de su infancia cuando ya se portó como un héroe, habiendo sido su primera hazaña la guerra que sostuvo contra los Titanes. Ya he dicho á V. que en el momento mas crítico le abandonaron todos los dioses; pero le bastó su valor para exterminar á todos sus enemigos, derrocando contra ellos las mismas montañas que habian elevado para escalar los cielos.

Encélado, gigante el mas temido
 A pesar de su genio desabrido,
 En vida fué por Jove sepultado
 Bajo el Etna, y aun se halla aprisionado;
 Mas si acaso estornuda ó si vomita
 Horroroso volcan el aire agita,

Y si da el picarillo media vuelta
A toda la Sicilia trae revuelta.

Aun tenemos un ejemplo bien reciente *.

La segunda expedición de Júpiter no le hizo tanto honor como la primera; fué la derrota y destierro á Italia de su padre Saturno: es cierto que este no se hallaba del todo inocente, pero su hijo al menos le debia mas consideraciones.

Despues de haberse hecho Júpiter dueño absoluto del trono, se casó con su hermana Juno, y por el pronto vivió con ella en buena armonía. En esta época se hizo adorar, y á breve tiempo sucedió otro siglo al siglo de oro, es decir, que la virtud aun reinaba en la tierra, pero sin tanto imperio como en el siglo precedente.

Al siglo de oro llamado
La edad de plata siguió;
Mas dicen que de su lado,
Apenas hubo empezado,
La Virtud se separó.

En efecto, ya el crimen comenzaba

* El temblor de tierra acaecido en Calabria en 1783, en el que perecieron mas de 30.000 personas y fueron destruidas 300 poblaciones. ||

á manifestarse, y Júpiter se vió precisado á castigarle de un modo terrible en la persona de Lycaon, rey de Arcadia. Este príncipe cruel degollaba á cuantos extranjeros pasaban por sus estados. El mismo Júpiter se presentó en su casa pidiendo hospitalidad, y queriendo Lycaon hacer ostentacion de su poder, mandó servir al señor de los dioses los miembros de un esclavo. Júpiter indignado redujo á cenizas su palacio, transformando en lobo á su dueño.

Su cruël posteridad
 Por los bosques esparcida
 No deja cordero á vida,
 Siempre de sangre voraz.
 Pero mas bien evita
 En la selva solitaria
 La sorpresa involuntaria
 De algun oculto pastor,
 Que el desmedido furor
 De esta raza sanguinaria.

Sin duda con este motivo fué adorado Júpiter bajo el nombre de Júpiter-Hospitalario, por haber vengado á la hospitalidad.

Poco despues se le denominó Júpiter-Ammon.... Présteme V., Emilia, un poco de atencion porque voy á hablar en griego: Ammon en esta lengua sig-

nifica *arena*. Paseándose Baco un dia por las arenosas llanuras de la Arabia se sintió acometido de una sed muy ardiente, y el dios del vino ni aun pudo encontrar una gota de agua. En tal conflicto se le apareció Júpiter en figura de carnero, é hiriendo la tierra con sus pezuñas hizo brotar un manantial abundante. Baco en reconocimiento mandó edificar un templo en aquel mismo paraje bajo la invocacion de Júpiter-Ammon, es decir, Júpiter de las arenas.

Tambien tenia este dios un templo mucho mas célebre en la selva de Dodona: aqui es donde dictaba sus oráculos.

De una selva frondosa en la espesura
Se ve del edificio la morada,
Do va curiosidad desenfadada
A saber de su suerte la ventura.

La Esperanza, mostrando su dulzura,
El Temor y Ambicion guardan la entrada,
Las Sospechas adornan la fachada,
Preside el Interes á su apertura.

La puerta se abre al fin; el caminante
Cubierto de sudor entra temblando
Y el profundo silencio le estremece.

Habla Jove..... la bóveda sonante
Repite sus palabras retumbando,
Y entonces un ministro se aparece
Que al viäjero ofrece

Su destino grabado con intento
En hojas que de un soplo lleva el viento.

En Roma se adoraba á Júpiter-Stator. Este sobrenombre, que se deriva de la palabra latina *stare*, y significa *detenerse*, se le aplicaron á Júpiter en memoria de haber súbitamente detenido á los romanos cuando huían de los sabinos. En la misma ciudad adoraban á Júpiter-Lapis, ó Júpiter-Piedra: esta piedra era la misma que Rhea puso en lugar de este dios y que Saturno probablemente no habia dijido. Igualmente adoraban á Júpiter-Capitolino y Júpiter-Tarpeyo, por tener un templo en el monte del Capitolio y otro en la roca Tarpeya. Y adoraban finalmente á Júpiter-Tonante, Júpiter-Fulminante, Júpiter-Vengador, Júpiter dios del dia, Júpiter dios de las moscas.

Vea V. con qué motivo le dieron este nombre: al hacer Hércules un sacrificio se halló cercado por un enjambre de moscas que atrajo el olor de la víctima; pero habiendo en seguida sacrificado á Júpiter, al punto las moscas desaparecieron, lo que hizo tanto honor al monarca celeste que se le conservó el nombre.

Pero el título mas ilustre de Júpiter

es el de Olímpico, por ser el Olimpo su residencia ordinaria: allí se celebraban en honor suyo los juegos olímpicos, tan famosos en otro tiempo, y cuyas fiestas pienso describir á V.

Se representa al rey de los dioses colocado sobre un águila, ó sentado en su trono de oro, al pie del cual hay dos copas que derraman el bien y el mal. Su aspecto es sombrío: sus ojos amenazadores brillan por entre sus negras pestañas, y la barba poblada y majestuosa; en una mano tiene el cetro, y con la otra arroja el rayo; las Virtudes se hallan sentadas á su lado.

Los dioses de mas bravura
 A su vista se estremecen;
 Y aun las diosas se asegura
 Que á su presencia enmudecen
 Y guardan mas compostura.
 Mas tan rara discrecion
 (En confianza lo digo)
 No pasa de una ficcion:
 Disimule tu atencion
 La franqueza de un amigo.

Tambien se le solia poner un manto de oro, pero Dionisio el tirano le mandó quitar esta vestidura, diciendo que era demasiado pesada para verano y muy

fria para invierno, y en su lugar le regaló una que le pudiera servir para las cuatro estaciones..... Adios,

Que ya he charlado bastante;
Y el agradar con simplezas
Solo es dado á las Bellezas,
Que no cansan ni un instante.

Reconozco mi insuficiencia en este punto, y me callo. Mas, á pesar de esto,

Cuando dejo de escribir
Gruñe y dice el corazon:
"Aun es poco"; ¡qué bribon!
Siempre tiene que decir.

CARTA V.**JUEGOS OLÍMPICOS.**

Si de antiguos combates y torneos
Has tenido noticia por la historia,
Las locuras sabrás y devaneos
De aquellos personajes, cuya gloria
En rendir á su dama los trofeos
Se cifraba, logrando la victoria.

El amante, calada la visera,
Como tigre furioso peleaba;
Y aunque á veces, despues de la quimera,
Sin ojos ó sin brazos se encontraba,
Un lazo de su dama ó la pulsera
Los miembros que perdió recompensaba.

Tales eran poco mas ó menos los juegos olímpicos, tan famosos antiguamente. Sin embargo, allí únicamente la gloria animaba á los combatientes, pues á las mujeres se les prohibió por largo tiempo asistir á ellos bajo pena de la vida. Mas, á pesar de esta ley severa, se introdujeron algunas disfrazadas de hombre, y aun osaron varias entrar en combate, y, habiendo alcanzado el premio, abrieron á las demas la puerta de los

juegos olímpicos. Desde esta época se asoció á la gloria el amor.

Tambien la religion tenia en ellos su interes , porque estos juegos siempre eran precedidos de un sacrificio en honor de los dioses , y en especial de Apolo. Comenzaban en seguida los ejercicios de la carrera ; la lucha , el cesto , el disco , y diferentes suertes de fuerza y ligereza.

Al principio no comprendia la carrera mas que un estadio , es decir , cerca de seiscientos pasos , y los aspirantes al premio , completamente armados , la hacian á pie ; pero en la nona olimpiada se dobló el estadio y se establecieron las carreras á caballo , y hasta la vigésimaquinta no comenzaron las de carro. El ejemplo de Cynisca , hija de Archídamas , príncipe de Macedonia , excitó á las damas macedonias , y , presentándose en la palestra , lograron no pocas veces ser coronadas con el mirto , la encina ó el laurel.

Hoy vuestras victorias son mas apreciables,
 Domais nuestro orgullo con vuestra dulzura,
 De nuestra fiereza venceis la bravura,
 Haciéndonos justos, sensibles y afables.

Vencidos, al cabo, de prendas amables,
 Usais en el triunfo de amor y clemencia,
 Grabais en el pecho candor é inocencia
 Y en nuestra conducta costumbres loables.

Pero, volviendo á los juegos olímpicos, la lucha sucedia á la carrera; presentábanse desnudos los luchadores, untados de aceite su cuerpo y miembros para tener mas lijereza y desasirse con mas facilidad de entre los brazos de su adversario. Entonces entraban en la lid y se asian los dos estrechamente, valiéndose de la fuerza ó de la astucia hasta el momento en que uno de los dos, perdiendo el equilibrio, caía de espaldas.

El cesto era el mas cansado y peligroso de todos los ejercicios. Se presentaban los combatientes armados de manoplas, que se componian de varias planchas de plomo, y cuyo golpe, dado en la cabeza, bastaba para quitar la vida, sin que por esto se prohibiera el usar de cualquiera otro medio, por violento que fuese, con el fin de vencer á su adversario.

Ya el célebre Arachion habia vencido á todos los combatientes á excepcion de uno solo que, despues de haberle arrojado en tierra, le ahogó, cuando, por un esfuerzo que en su agonía le inspiró la desesperacion, mordió á su contrario en el dedo pulgar del pie y se

le quebró. El dolor que sintió el vencedor fué tan agudo que pidió socorro, y la corona se colocó en las sienes de Arachion que ya no existía.

Fué gloriosa la victoria
Que Aráchion logró adquirir;
Mas ¿de qué puede servir
Entre difuntos la gloria?

El disco era un tejo de piedra ó metal, cuyo peso y figura variaban á voluntad de los concurrentes. La ventaja en este ejercicio se reducía á procurar el equilibrio, manifestando fuerza al mismo tiempo: se tenía por vencedor al que, sosteniéndose en un solo pie sobre la punta de un cono, arrojaba mas lejos el disco.

Todos estos juegos concluían regularmente con algunos otros ejercicios en que á la vez se ostentaba el vigor, la maña y la lijereza.

Los jueces que adjudicaban el premio eran nueve, y pasaban un noviciado de diez meses antes de sentarse en el tribunal, y entonces juraban solemnemente la observancia de las leyes de la equidad mas rigurosa.

Mas si la jóven belleza
 A correr se presentaba
 Y á su rival igualaba
 En soltura y ligereza,
 El juez, en la decision,
 ¿Haria justicia igual?
 Si el talento es imparcial
 ¿No es fragil el corazon?

El establecimiento de los juegos olímpicos se atribuye á cinco hermanos llamados *Dactyles* *, palabra griega que denota su número y union. Estos juegos se celebraban cada cinco años, cuyo intervalo ha servido de época por muchos siglos para la cronología.

Por sus fiestas sabian
 Y por sus duelos
 Los años que vivian.
 Nuestros abuelos,
 Mas yo los dato
 Por los dias que logro
 Veros un rato.

Asi es que en vez de decir, como nosotros decimos, el año de mil setecientos ó el año siete, &c., ellos decian; el primero ó segundo año de la vigésima ó trigésima olimpiada. Hoy, por ejemplo,

* *Dactyle* significa dedo.

diria de V. hablando en el lenguaje de aquel tiempo :

En la primera olimpiada
Tu corazon se alteró,
En la segunda gimió,
Prosiguiendo incomodada ;
A fines de la tercera
Se agravó la enfermedad,
Y antes de la cuarta edad
El Himeneo te espera
Con talisman misterioso,
Y por medio de un anillo
A tu corazon sencillo
Devolverá su reposo.

Lo que en el lenguaje moderno significa que á los cinco años sintió V. la inclinacion, á los diez el deseo, á los trece la necesidad, á los quince el tormento de amar, y que á los diez y ocho se casará V. Otro tanto deseo á todas sus contemporáneas.

Mas este voto, que al fin
Es hijo de un buen deseo,
Le tomarán, segun creo,
Por un cumplimiento ruin.

Los atletas que mas se distinguieron en los juegos olímpicos fueron Theagones, Eutymio, Milon, y Polydamas.

Theagones, natural de Thasso, pequeña ciudad de Lacedemonia, consiguió por doce veces el premio, y sus

compatriotas le erigieron una estatua. Uno de sus envidiosos iba todas las noches á vapularla, y tanto la remoyó que, cayendo sobre él, le quitó la vida. Los hijos del muerto citaron ante el juez á la estatua; pues una ley de Licurgo mandaba castigar aun á las cosas inanimadas, siempre que hubiesen contribuido á la muerte, ó alterado el reposo de los ciudadanos. ¡Ah! si semejante ley aun estuviera en observancia,

Entonces ¡qué gozo! veloz proscibiera
 De jóven hermosa los velos y gasa,
 Cuya transparencia nos quema y abrasa,
 Y en pechos sensibles aviva una hoguera.
 El alto corpiño tambien prohibiera,
 Pues manifestando bellezas que oculta,
 Con la incertidumbre los ojos insulta
 Y ansiosa la vista quitarle quisiera.

La estatua fué condenada por el juez de Lacedemonia á ser arrojada al mar; pero habiéndose seguido un hambre horrosa á la ejecución de la sentencia, consultaron al oráculo los habitantes de Thasso, quien les mandó sacasen del agua á la estatua y la volvieran á colocar en su sitio, desde cuya época fué Theagones elevado á la clase de los semidioses.

Eutymio consiguió en vida el mismo honor; diré á V. el motivo. Habiendo Ulises, en una de las correrías de sus largos viajes, abordado á Thémesis, ciudad de Italia, uno de sus compañeros fué víctima de los habitantes por haberse propasado á violar una doncella, y el rey de Itaca, sabedor del crimen, se reembarcó sin hacerle las exequias funerales. A poco tiempo el espíritu del muerto, privado de sepultura, introdujo en los campos el terror y la desolacion.... Sin embargo no me atrevo á salir garante de la verdad de este hecho, pues todos los aparecidos me son muy sospechosos.

¿Ni cómo puede ser cierto
 Que el hombre quiera venir
 En espíritu á sufrir
 Si descansa estando muerto?
 ¿Y cuánto doctor habrá
 Cuyo espíritu apocado,
 Si se encuentra evaporado,
 Aparecer no podrá?

Mas, sea lo que fuere, consultado el oráculo prometió á los habitantes apaciguar al espíritu siempre que le presentasen cada año la doncella mas hermosa de todo el pais.

En verdad, este misterio
 Del oráculo famoso
 Me parece sospechoso:
 Exigir con tal imperio
 Una tímida beldad
 De tez fina y delicada,
 Virgen pura y animada
 Con las gracias de la edad;
 Semejante en el color
 Y ternura candorosa
 A la rozagante rosa
 Que brotó al primer albor,
 Es una ofrenda apreciable,
 No facil de conseguir.
 Y ¿de qué podrá servir
 A un espíritu impalpable?

Lo cierto es que los habitantes de Thé-
 mesis por tercera vez se disponian á pa-
 gar el fatal tributo, cuando Eathimio,
 ya célebre por un sinnúmero de victo-
 rias que habia alcanzado en los juegos
 olímpicos, llegó á esta comarca. El hé-
 roe combatió con el espíritu, y, habién-
 dolo desvanecido, libertó á la amable
 víctima, cuya mano y corazon obtuvo
 en recompensa.

Milon de Crotóna, mas célebre aun,
 pero tambien mas desgraciado, excedió
 á todos los atletas de su tiempo. Se le
 veía en los juegos olímpicos cargar sobre
 sus espaldas un toro de cuatro años,
 llevarle sin descansar hasta el fin de la

carrera, matarle de un puñetazo y comérsele en el mismo dia: esto basta para dar una idea de su fuerza extraordinaria.

Mas estos favores particulares, que alguna vez nos concede la naturaleza, son de poca duracion.

Consigo se llevan los años veloces
Las fuerzas y amores de edad venturosa;
En breve se acerca vejez espantosa,
Y solo nos quedan recuerdos atroces.

Era ya Milon de edad avanzada cuando, paseándose un dia por un bosque solitario, alcanzó á ver un árbol que el huracan habia entreabierto, y recordando entonces su antiguo vigor se empeñó en abrirle de medio á medio; pero el brazo de Milon ya habia envejecido, y el árbol que al primer esfuerzo se habia abierto, se cerró súbitamente, cogiendo las manos del atleta, cuyas fuerzas no bastaron á libertarle de su prision fatal: de este modo se vió precisado el vencedor de los juegos olímpicos á esperar la muerte en un desierto, donde al cabo fué víctima de las fieras *.

* La muerte de Milon sirvió de asunto para hacer un magnifico grupo de mármol que se admira en los jardines de Versalles. Es una de las mejores obras del famoso Puget.

Polydamas, su amigo y rival, pereció como él por su temeridad. Habia este atleta en su juventud ahogado entre sus brazos á un leon en el monte Olimpo; un golpe de su mano era bastante para privar á un hombre de la existencia, y con solo su brazo detenia un carro tirado por seis caballos.

Hallábase un dia en una gruta bebiendo con sus amigos, cuando la bóveda se conmovió y los convidados se pusieron á salvo: solo Polydamas quedó en ella, y, confiado en sus fuerzas, esperaba sostener la masa enorme, mas al desprenderse el peñasco le sepultó bajo su peso.

Tales son los funestos efectos de la presuncion; el sabjo evita el peligro; el temerario le busca y sucumbe. Ya hace algunos años que lo sé por experiencia.

Desde la mas tierna edad

Juré perpetuo rencor

A los grillos del Amor

Por vivir en libertad.

Yo decia "¿no es locura

»Temer del Amor la aljaba?"

Mas ¡ay! que entonces hablaba

Sin conocer tu hermosura.

De quince años declaré

La guerra al Amor tirano,

Y él decía muy ufano :
"Bien pronto te amansaré."
Mas viendo que mi bravura
A sus flechas resistió,
Para vengarse me dió
A conocer tu hermosura.

Antes de todo trató
De escarmentar mi osadía,
Y en los ojos de Lucia
El picaro se escondió.
Me agradaba su figura,
Su trato é ingenuidad,
Mas, ¿qué sirve su beldad
Al lado de tu hermosura?

Aun no contento el Amor,
Queriendo de mi burlarse,
Corrió veloz á ocultarse
En los labios de Leonor.
Ya contaba por segura
Su victoria..... me escapé;
Pero, aunque de él me libré,
Me aguardaba tu hermosura.

Ufano con mi victoria
De placer me enagenaba,
Y en alta voz proclamaba
Del vencimiento la gloria.
Llevado de mi ventura,
Alzo los ojos..... te miro.....
¡Adios mi gloria!..... suspiro,
Ya me venció tu hermosura.

Juré no volverte á ver ;
Mi orgullo y temeridad
Despreciando una beldad
Temian su gran poder.

El Amor con su ternura
 ¡Cual muda los sentimientos!
 Ahora lloro los momentos
 Que no veo tu hermosura.

¡Oh sin igual Escipion!
 ¡Tu pecho firme y constante
 Hubiera en igual instante
 Guardado moderacion?

Contra el Amor no hay cordura,
 Y el jurar es excusado
 Despues de haber admirado
 De mi Emilia la hermosura.

CARTA VI.

JUNO , IO , HEBE , IRIS.

El sexo varonil, Emilia hermosa,
Sobre todo la clase de casados,
Acusa á la mujer de caprichosa:
¿Son ciertos sus motivos, ó infundados?
La cuestion, en verdad, es delicada:
Dejémosla pasar sin decir nada.

No quiero por lo tanto mezclarme en las querellas de Júpiter y Juno, aunque á esta se la acusa de displicente, de vana, y de celosa sobre todo; únicamente citaré á V. uno de sus muchos rasgos.

Amaba Júpiter á Io, hija de Inaco. Io no le era ingrata, y Júpiter la era fiel, pues siempre los hombres manifiestan mas firmeza como amantes que como esposos. Juno estaba furiosa de verse postergada, y, abandonando los cielos, se aproximó furtivamente á la mansion de su rival; pero Júpiter que la vió venir trasformó en vaca á Io. Desconfiando Juno de esta metamorfosis, pidió la vaca

á su marido, quien se la confió en depósito, y la reina encomendó su cuidado al fiel Argos.

Este, cual buen alguacil,
 Con cien ojos vigilaba;
 Pero Cupido sutil
 Con solo dos penetraba
 Mas que los celos con mil.

Argos nunca se dormía enteramente; Mercurio vino á visitarle, unos dicen que le tocó en su flauta diferentes trozos de música antigua, y otros que le cantó una ópera nueva: lo cierto es que la melodía adormeció á Argos, y, arrancándole Mercurio los cien ojos, le cortó la cabeza. Desesperada Juno le convirtió en pavo real, conservando sus ojos sobre sus plumas, y unció desde entonces á su carroza dos pavos reales.

Io entretanto, atormentada por las furias, atravesó el Mediterráneo y arribó á Egipto, donde Júpiter la devolvió á su primera forma; allí dió á luz á Epaso, y á poco tiempo fué adorada bajo el nombre de Isis. Se la representaba en figura de una mujer con cabeza de vaca.

Juno estuvo largo tiempo enfadada,

y Júpiter lo tomó á risa, publicando que se iba á casar con Platea, hija de Asopo.

Juno, fuera de sí con semejante noticia, corre sin poderse contener, se abalanza á la futura esposa, le desgarrá los vestidos, y debajo de ellos se encuentra con un tronco de árbol en figura de moña.

Absorta Juno quedó,

Pero desde allí á un momento

Jovino se rindió,

Le da un beso.... y sucedió

La paz al resentimiento.

Vulcano, único fruto de su union, debió el ser á esta compostura.

No sin fundamento á la verdad se acusa á Juno de celosa, pero todo el mundo hace justicia á su sabiduría. Sin embargo,

Aunque siempre fué severa

Y extremada en la virtud,

Sacó dos hijos á luz

Sin que Jove interviniera.

Convencida Juno de su esterilidad consultó con Apolo, su médico de cabecera, y siguiendo su consejo comió un plato de lechugas silvestres en el banquete de Júpiter, y á breve rato, sin-

tiéndose embarazada, salió al mundo Hebe.

La cual por sus encantos y hermosura

De todos fué querida y admirada,

Y por su lozania proclamada

Diosa de Juventud y de Frescura.

Mereció de copera el cargo honroso

Por sus gracias, agrado y bizzarria,

Y á la turba de dioses repartia

El néctar agradable y delicioso;

Pero su mirar tierno y cariñoso

Mas que el suave licor adormecia.

No satisfecha Juno con este milagro quiso ensayar otro. Estaba celosa de ver que Júpiter, sin intervencion de persona alguna, habia engendrado á Minerva, y consultando á la diosa Flora sobre el modo de hacer otro tanto, esta la mostró una flor que al simple tacto debia producir el mismo prodigio. Juno la tocó y Marte vino al mundo.

Aún existe cierta flor

Semejante segun creo

Que si la toca Himeneo

Palidece su verdor.

Pero su tallo produce

Con el tiempo una beldad.

Cuyo mirar nos seduce,

O bien un Amor rapaz

Sin alas y sin vestido:

Asi, de antiguas edades,

Los héroes y beldades.

De flor en flor han venido.

Donde Juno gozaba mayor gloria y reputacion fué en la ciudad de Argos: en ella se celebraban sus fiestas por medio de un sacrificio llamado *Hecatombe*, porque se sacrificaban cien bueyes. Se representaba á la diosa colocada en una brillante carroza arrastrada por dos pavos reales; tenia el cetro en su mano, y una corona de lirios y rosas en su frente.

Inmediato á su templo habia una fuente, en cuyas aguas se bañaba la diosa todos los años. Se nos ponderan mucho las aguas de Ledesma, Trillo y Sacedon, porque se dice que con ellas se recobra la salud; pero las de Argos hacian recobrar la juventud y la virginidad. ¡Y tan precioso manantial han permitido que se pierda!

¡O fuente prodigiosa!

¡Si en Madrid tu corriente apareciera,

Cuánta cara rugosa

Manzanares modesto aborreciera!

¡Qué pronto el manantial se agotaria

Por la jóven coqueta y por la usia!

¡Ah profeta Mahoma!

Mejor que las Huris que has prometido.

A quien tu libro toma

Y en un todo le sigue sometido,

Vivir en un Madrid desearia

Mansion de doncellez y lozania.

¡O Ayegui * apreciable!

Si es verdad que tu vara nos descubre

Con certeza admirable

Los manantiales que la tierra cubre,

En nombre de mi Cloris yo te ruego

Me busques esta fuente luego, luego.

Pero volvamos á Juno: estaba á cargo de esta diosa la distribucion de reinos, imperios y riquezas, y esto mismo ofreció á Páris, si la hubiera querido adjudicar el premio de la belleza: tambien presidia bajo el nombre de Lucina á los matrimonios y partos, llamándose *Lupercales* las fiestas que con este motivo se celebraban en Roma.

Entonces una turba de holgazanes

Por las calles corria sin vestidos

Aturdiendo con voces y chillidos

É insultando con toscos ademanes,

Azotaban á todas las casadas

En las manos y vientre, pues creian

Que asi mas facilmente paririan:

¡O fiestas indecentes y pesadas!

El instrumento de que se servian para vapular era una especie de disciplina, formada de piel de cabra, cuya piel se aseguraba que habia servido á Juno de vestido.

* Fontanero mayor de Madrid.

Se me olvidaba hablar á V. de Iris, confidente y mensajera de Juno: satisfecha de sus servicios la diosa, porque nunca le daba sino buenas noticias, la trasportó á los cielos. Allí le puso alas y la vistió de un traje color de violeta, cuyo resplandor traza en los aires un semicírculo que nosotros llamamos *arco-iris*. Por lo tanto,

Si en la tarde de algun sereno día,
O calmándose el tiempo borrascoso,
En el cielo aparece un arco hermoso,
No presumas que anuncia carestia:
"Juno tiene, dirás, banquete en casa,
Y á llamar á los dioses Iris pasa."

Por lo que toca á V., querida Emilia, esté cierta de que

Si Juno por capricho se dignára
Convidarme tambien á su comida
Y, en Iris á mi Emilia convertida,
A darme el grato aviso la enviára;
Despreciando el convite, prefiriera
Se quedase á cenar la mensajera.

CARTA VII.**MINERVA.**

Poseido Júpiter una mañana de un fuerte dolor de cabeza, mandó á Vulcano que le abriese el cerebro de un hachazo, y Minerva salió de él inmediatamente armada de pies á cabeza.

Hoy dia ya no paren las frentes de los varones, pero se asegura que frecuentemente indican, por medio de ciertos signos, que sus mujeres han parido. He sido sabedor de tan singular misterio por algunos iniciados, cuyo testimonio se funda en una larga experiencia, y que llevan consigo mismos las pruebas auténticas de lo que aseguran.

Al nacer Minerva acogió á las artes bajo su proteccion, habiendo inventado la escritura, la pintura y los bordados.

¡O tú, que retirado y silencioso
Trazas en el papel los sentimientos,
Que te inspira el amor, dulces acentos
De un corazon sensible y generoso!
Y tú, que imitar sabes rostro hermoso
De tu Filis en tela preparada,

Sirviéndote en la ausencia desgraciada
 Su retrato de alivio y de reposo;
 Jóvenes todos, cuyo pecho adora,
 Estimad á Minerva, su inventora.

Tenia esta diosa una disposicion particular para la tapicería, pero al mismo tiempo mucho amor propio; asi es que habiendo pretendido igualarla Arachne, tejedora muy hábil, recibió en sus manos un golpe de lanzadera y fué trasformada en araña. La disposicion que aun conserva bajo su nueva forma nos hace sentir la pérdida de lo que trabajaria antiguamente.

Tambien era Minerva aficionada á la música y tocaba la flauta; pero como este instrumento le desfiguraba los labios, y le fatigaba el pecho, le arrojó en una fuente, donde á la sazón bebia agua para refrescarse.....

¡Cual distan del antiguo nuestros usos!

Los modernos abusos

En tiempo de Minerva se ignoraban,

Y solo se apreciaban

Del corazon los nobles sentimientos,

Que hoy trasforma la moda en fingimientos.

Minerva su pulmon y pecho cura

Bebiendo el agua pura,

Mientras hoy, si se daña una señora,

En el instante llora,

Clamando por el médico y botica,

Y apurando la leche de borrica.

Ya ve V. que Minerva en nada se parecia á nuestras cortesanas. Se la representa con el casco en la cabeza, la lanza en su mano, cubierto el pecho con la coraza, y el brazo armado de un escudo, en el que se halla estampada la cabeza de Medusa.

Medusa era por su desgracia la mas hermosa de las tres hermanas Gorgonas, que reinaban juntas en las islas Gorgónidas: enamorado Neptuno de sus encantos, y no pudiendo conseguir el verse correspondido, la violó en el templo de Minerva. La diosa ultrajada trasformó en serpientes los cabellos de Medusa, y dió á su cabeza la virtud fatal de convertir en piedras á cuantos la mirasen: con el tiempo hizo grabar sobre su escudo esta cabeza.

El ceño aterrador de la Gorgona,
 Sus cabellos en viboras trocados,
 Y sus ojos lucientes y saltados
 El pavor inspiraban de Belona.

El casco de Minerva remata algunas veces en un mochuelo, y á sus plantas se coloca tan pronto un gallo, símbolo del valor, como un buho. En este pájaro trasformó á Nectymena por haber

tenido comercio incestuoso con su padre Nycteo, rey de Etiopia.

La desgraciada suerte de Medusa y Nectymena nos manifiesta el pudor de Minerva; pero aun tenemos otra prueba en Tiresias, á quien privó de la vista por haberla observado cuando se bañaba en la fuente Hippocrene en compañía de su favorita Cariclo, madre de Tiresias.

Si un dia, bella amiga, ver lograra
Tus ocultos encantos y hermosura,
Y despues en castigo yo aegára,
El recuerdo feliz de mi ventura
La falta de mis ojos compensára.

Se asegura que Minerva se mantuvo constantemente virgen, y yo no me atrevo á asegurar ni á rebatir opinion tan delicada: lo único que puedo decir es que Minerva presidia, como Vesta, á la virginidad.

Para celebrar sus fiestas se juntaban varias doncellas, algo aguerridas sin duda, armadas de palos y piedras, y se dividian en bandos: se tocaba en seguida á combate y acometian furiosas las unas contra las otras. La primera que perecia en la accion era considerada como virgen supuesta, su cuerpo se

arrojaba al agua, y entretanto se llevaba en triunfo el de aquella que, sin haber sucumbido, sacaba del combate mas heridas: de modo que las bellezas mas ilustres de este pais debian ser las mas cicatrizadas.

Estas fiestas establecidas en la Libia, á orillas del lago Tritonio, se cree que con el tiempo se trasladaron á Athenas, cuando Minerva dió su nombre á esta ciudad. Neptuno le habia disputado este honor, y, para terminar su contienda, se convinieron en que fuese padrino de la ciudad naciente aquel que produjera la cosa mas útil á sus habitantes. Neptuno creó el caballo y Minerva el olivo, obteniendo el premio por este: yo tambien se le hubiera adjudicado, porque este árbol es el simbolo de la paz.

Es cierto que el que te quiera.

El mirto al laurel prefiera

En secreto, y no me asombra;

Mas ¿el mirto, sin la sombra

Del olivo, floreciera?

Tenia Minerva un templo en la ciudadela de Athenas y otro en la de Troya; en este último se la adoraba con el nombre de Palas, porque presidia á los com-

bates, y los troyanos guardaban cuidadosamente su estatua, llamada Paladion, por estar formada de los huesos de Pelope, antiguo rey del Peloponeso. Esta figura se movia por medio de un oculto resorte, lo que inspiraba grande veneracion á las sencillas troyanas, y hasta los mismos troyanos la miraban como una prenda de la seguridad de su patria. Cuando los griegos sitiaron esta ciudad, habiendo Ulises y Diomedes penetrado por un subterráneo en el templo de Minerva, robaron el Paladion, y la ciudad fué tomada inmediatamente.

Este acontecimiento, amada Emilia, me recuerda cierta nueva que me interesa mucho, porque la comprende á V.

Un año ha, segun dicen, que Cupido,

Contra tu resistencia ya enojado,

Con todos sus amores te ha sitiado,

Y sostiene un combate muy reñido.

Al sitio de Ilión es parecido

El combate que Amor te ha declarado;

Mas él no vencerá tu pecho helado

Mientras tu corazon no haya rendido.

El sitio será largo, segun veo,

Y, á juzgar por tus ásperos rigores,

Jamas verá logrado su deseo.

Mas si un dia consiguen los amores

Robar tu Paladion, ya lo preveo,

Cesarán de una vez mis sinsabores.

CARTA VIII.
CERES Y PROSERPINA.

Si me dan en depósito dinero,
 El tenerle prometo bien guardado;
 Si es un monstruo feroz ó un hechicero,
 Tambien juro tenerle aprisionado;
 Pero á niña con rostro placentero
 No tomaré jamás á mi cuidado:
 Que es difícil guardar una doncella,
 Y mas si es candorosa, viva y bella.

Cibeles veria seguramente mas que yo, por cuanto era madre y jamas dejaba de la mano á su hija la encantadora Ceres. Sin embargo, un dia que la estaba vistiendo su mamá notó cierta grosura que la desagradó en extremo; ¡considere V. el ruido que meteria! Ceres, avergonzadísima, corrió á ocultarse en una caverna, donde parió á Proserpina.

Esta niña logró ser
 La delicia de su madre;
 Mas nunca tuvo el placer
 De conocer á su padre.

Dicen unos que fué Neptuno, y otros

que Júpiter; mas, fuese lo que fuese, es lo cierto que Ceres lloró por mucho tiempo la pérdida de su virginidad, y este dolor que la devoraba interiormente la iba consumiendo poco á poco.

Si á la muerte conducia

Entonces aquel descuido:

¿A cuanta señora usia

Hoy de luto se veria

Por un semejante olvido?

Mas, para dicha de Ceres, descubrió el dios Pan su retiro, y penetrado de la situacion deplorabile en que la diosa se encontraba, se lo participó á Júpiter, quien la envió su médico; y habiéndola este recetado una bebida del jugo de adormideras, con ella reconcilió el sueño la enferma, y restablecida por su medio la calma en sus sentidos recobró la salud en poco tiempo.

La tierra entretanto se ponía cada vez mas árida: el trigo, aun antes de nacer, se disecaba en su seno, y los mortales imploraban la vuelta de la diosa de la agricultura: al fin se presentó y todos la recibieron en triunfo.

Venia la diosa con triste semblante,

Aun pálido el rostro, la vista llorosa,

Del seno pendía Proserpina hermosa,
Objeto querido, del lloro causante.

Bien cara costaba á Ceres triunfante-
La rápida gloria de haber sido bella.....
Mas ¡ay infelice de aquella doncella
Que honor y deberes olvidá un instante!

Por esta época se establecieron fiestas en honor suyo: se celebraban pocas ó menos como nuestras *rogativas*. Los sacerdotes y el pueblo se dirigían al campo en procesion, y allí inmolaban un puerco, porque este animal, hozando la tierra, impide que el trigo eche raíces. El sacrificio se hacia á expensas de la cofradía de Ceres, cuyos cofrades se hallaban condenados al silencio, y llevaban siempre el mismo vestido hasta que se cayese á pedazos. Se asegura que en la ciudad de Eleusina se permitia á las doncellas entrar en la cofradía, pero semejante opinion se halla destituida de todo fundamento, y aun he sabido por algunos filósofos silenciosos que jamas las mujeres quisieron ser allí iniciadas.

Mas adelante erigió la cofradía un templo á Ceres, en el que representaban á la diosa coronada de flores y espigas, sus pechos cargados de leche, á su lado un buho, y á sus plantas un la-

garto: con una mano sostenia un haz de trigo y adormideras, y con la otra la antorcha de que se sirvió para buscar á Proserpina.

Habia heredado esta niña todas las gracias de su madre: ¡cuantas veces las aguas cristalinas de la fuente la hicieron ver que era hermosa!

Y como toda beldad,
 Bien sea viva ó adusta,
 En su bella mocedad
 De las flores siempre gusta,

Proserpina, en extremo aficionada á ellas, se hallaba un dia en el valle de Enna formando un ramillete, cuando Pluton, rey de los infiernos, que se paseaba por aquel sitio para templar sus enojos y tristeza, la vió. La causa de sus disgustos era muy legítima; en efecto,

Si ninguno ha de escapar
 ¡O mujer! de tus encantos,
 ¿Qué debe el hombre esperar,
 Cuando no puede agradar,
 Sino penas y quebrantos?

Tal era la suerte de Pluton. Habian despreciado sus obsequios todas las diosas, las unas porque era muy moreno, las otras porque apestaba á humo, varias

porque su palacio era triste y sombrío,
y todas porque

La jóven en cuyo pecho
Palpita ya el corazon
Prefiere, no sin razon,
De un mortal el blando techo
Al dominio de Pluton.

Sobre esto mismo estaba el dios reflexionando cuando vió á Proserpina en medio de sus ninfas. En el mismo instante, poseido de sus atractivos, se dirige á ella, la coge, abre la tierra con su tridente y se trasfiere á sus estados con su presa.

Juzgad cuanta seria la pena de Ceres. Esta madre desconsolada buscó á su hija por toda la tierra; durante su penoso viaje fué acogida en casa de Celeo, rey de Eleusis, y enseñó la agricultura á Triptolemo, hijo de este principe. Los habitantes elevaron un templo á la diosa, mas esta abandonó bien pronto su pais con el objeto de recorrer el resto de la tierra. Entonces fué quando, sucumbiendo á la fatiga y extenuada de necesidad, se tuvo por feliz en encontrar una buena mujer que le diese un plato de papilla, y como el apetito sazona aun los bocados mas groseros, Ceres halló

este suyo muy delicado. Un travieso mozalvete, llamado Stellio, al ver la ansiosa voracidad de la diosa no pudo menos de reirse; mas ella, ofendida, le arrojó á la cara el resto de la papilla y le transformó en lagarto.

Cansada al fin de sus inútiles pesquisas la madre de Proserpina, encendió al fuego del monte Etna una antorcha para buscar con ella á su hija hasta en las entrañas de la tierra.

Arethusa, reconociendo á Céres al recorrer los subterráneos, la llamó y dijo:
 «Consolaos: sé la causa de vuestras penas; soy Arethusa, ninfa en otro tiempo de Diana, que, acompañando á esta diosa por las márgenes del rio Alfeo, fui vista y amada por él. Era yo jóven, y como tal sensible; dió en perseguirme Alfeo, y yo en huir ¡ay de mí! como se huye de quien se adora; pero los dioses, protectores de la virtud, me convirtieron en fuente, queriendo sustraerme de sus persecuciones; mas ¿qué sucedió al fin?

»Volvió á sus cavernas Alfeo enojado:

»Amor compasivo, sintiendo su duelo,

»Unió nuestras aguas por darle consuelo,

»Y halaga mi arroyo su curso enojado.

J.

E

» Un dia yendó á visitar á mi caro
 » Alfeo ví á Proserpina en los brazos de
 » Pluton. Vuestra hija está en los in-
 » fiernos.»

Céres, al escuchar estas palabras, vuela al Olimpo, acusa á Pluton, y pide su hija al señor de los dioses. Júpiter accede á su peticion con tal que Proserpina no haya comido cosa alguna en los infiernos; mas por desgracia Ascalapho, camarero de Pluton, aseguró haberla visto chupar una granada. Céres trasformó en buho al denunciador; pero no pudo conseguir otra gracia que la de poseer á su hija seis meses del año, concediendo los restantes á Pluton.

Si deponiendo el temor
 Tus muchos adoradores,
 Para mostrar sus ardores
 Y declararte su amor,
 Alcanzase por favor
 Cada cual un solo dia,
 El Amor se quejaria
 Del tiempo que asi volaba,
 Al ver que el turno empezaba
 Y el año ya concluía.

CARTA IX.

DIANA Y ENDIMION.

Hallábase Diana descansando de las fatigas de la caza al márgen de un arroyuelo inmediato á la ciudad de Athenas, y deponiendo el arco y flechas se ocupaba en trenzar su cabello, cuando advirtió que una jovencita se entretenía en recoger flores, cantando la siguiente letrilla:

« Toda la jóven belleza
 » Se formó para agradar ;
 » Nace y vive para amar ,
 » Y en vano finge fiereza.

» A expensas de su reposo
 » Cumplirá por vanidad
 » El voto de castidad
 » Cuando apetece un esposo.

» Diana jóven y hermosa
 » A Cupido tiene horror ;
 » ¡ Ay de mi ! sin el amor
 » ¿ De qué le sirve ser diosa ? »

Distraida con su cancion se aproximó á Diana, que, sin cansarse de mi-

rarla, arrojó un profundo suspiro. «¿Qué
 » teneis? la jóven ateniense pregunta. =
 » Te lo participaré, amable niña; pero
 » dime tú ¿para qué son esas flores? =
 » Son para formar un ramillete y ofrecér-
 » sele á Diana: tiene esta diosa un tem-
 » plo en Atenas, en el que hacemos
 » voto de virginidad..... = ¡Ah! no hagas
 » en la vida semejante voto; para no
 » quebrantarle es preciso ser la misma
 » Diana. = Quiero apaciguarla ofreciéndole
 » mi virginidad y presentándole esta
 » ofrenda. = Y yo la recibo, jóven sen-
 » cilla; ¡ah, cuanto me interesas! escú-
 » chame.

» Yo soy Diana, hija de Júpiter y La-
 » tona..... mas ¿por qué te alteras? so-
 » síégate: ¿ignoras lo mucho que apre-
 » ciamos las diosas á las mortales que
 » se nos parecen? Nací un momento antes
 » que Apolo, y ayudé á mi madre inme-
 » diatamente á que le diese á luz. Tes-
 » tigo de los dolores que la ví sufrir,
 » juré desde entonces un odio eterno al
 » amor. Me persuadí que sus favores no
 » nos podrian indemnizar de sus tormen-
 » tos..... Mas ¡ay, amable niña, cual
 » mudan nuestras ideas el tiempo y la

» experiencia! Pero en aquel momento

» El placer ignoraba deleitante

» De verse, con su amado confundida,

» En otro nuevo ser reproducida,

» A los dos semejante;

» Las cándidas caricias de ternura

» Del hermoso conjunto disfrutando,

» Que de un esposo fiel están mostrando

» La sonrisa y dulzura.

» En breve llegó á ser la caza mi diver-
» sion favorita: una piel de tigre, un
» arco y un carcax constituían mi única
» compostura. Mis ninfas imitaron mi
» ejemplo, y partí en su compañía á com-
» batir los monstruos de las selvas. Tan
» pronto los perseguia á pie como en
» una carroza arrastrada por ciervas; y
» con semejante género de vida me hice
» todavía mas salvaje.

» Me encontraba un dia bañando con
» mis compañeras en un sitio solitario
» cuando Acteon, jóven cazador, dirigió
» sus pasos á nuestro retiro y vió..... lo
» que ningun mortal debiera ver. Hoy dia
» le hubiera perdonado este involuntario
» crimen, pero entonces le castigué: con-
» vertido en ciervo el infeliz fué devora-
» do por sus perros.

» En tanto que me complacia con se-

» mejante crueldad, Calisto, una de mis
 » ninfas, que se hallaba sentada en la
 » pradera, rehusaba bañarse conmigo.
 » Ofendida de su desprecio observé cui-
 » dadosamente los contornos de su talle:
 » recordé al mismo tiempo que Júpiter
 » la habia amado, y esto bastó para su
 » desgracia: la arrojé de mi presencia,
 » y, abandonándola á los furios celosos
 » de Juno, fué la infeliz trasformada en
 » osa, despues que hubo dado á luz á
 » Arcas.

» Este, que llegó á ser con el tiempo
 » un famoso cazador, encontrando á su
 » madre un dia la persigue, asesta un
 » dardo contra ella, y.... ya iba á satis-
 » facerse mi venganza cuando los dioses,
 » queriendo evitar un parricidio, trasfor-
 » maron á madre é hijo en constelacio-
 » nes *, trasportándolas al cielo.

» Como enemiga declarada del amor
 » me era inútil la belleza, y sin embar-
 » go envidiaba la de cualquiera otra.
 » Sione, hija menor de la Mañana, tenia
 » un cútis mas brillante que la Aurora:
 » lo conoció la infeliz y se atrevió á com-

* Estas son las constelaciones de la Osa ma-
 yor y menor.

» parar sus atractivos con los míos, pero
 » bien cara la costó su temeridad, ha-
 » biendo sido víctima de mis dardos. Su
 » padre Deucalion se arrojó desesperado
 » desde la cumbre de un peñasco, y fué
 » convertido en gavilán por Apolo.

» Entretanto mi nombre y hazañas
 » asombraban al universo; los bosques
 » y montañas estaban sujetos á mi domi-
 » nio; en todas partes se me erigian tem-
 » plos, y en Efeso * me elevaron uno
 » digno de mi persona; jamas el genio
 » de los mortales habia producido cosa
 » mas bella. En Tauride quemaban in-
 » cienso é inmolaban víctimas humanas
 » en mis altares; las doncellas de Atenas
 » me consagraban su virginidad: habia
 » mi gloria llegado á su colmo, y aun
 » no se hallaban mis deseos satisfechos.
 » Pero despues he sabido el verdadero
 » motivo.

» El homenaje da honor,

» Mas con el tiempo disgusta:

» Si el honor á el alma gusta,

» El corazon quiere amor.

* Se asegura que un tal Erostrato prendió fuego á este templo para hacerse inmortal. Hasta la maldad tiene tambien su ambicion.

» Inmediato á la ciudad de Heraclea
 » vi al pastor Endimion; era jóven, y su
 » mirar tierno y penetrante anunciaba la
 » dulzura de sus sentimientos. El pastor
 » no se hubiera atrevido á elevarse hasta
 » mi persona; yo misma me humillé;
 » porque, amable niña,

» En vano valerse quiere

» De su rango el presumido

» Cuando de amor se ve herido;

» Pues si la flecha nos hiere

» Iguala á todos Cupido.

» El misterio presidia á nuestra feli-
 » cidad, pero hasta el misterio vende en
 » ocasiones al amor. Siempre que me
 » encontraba al lado de mi Endimion te-
 » mia que llegasen á sospechar el motivo
 » de mi ausencia; mas la casualidad me
 » sacó del apuro felizmente.

» Mi hermano Apolo, cansado de
 » alumbrar al universo durante el dia,
 » hizo presente al señor de los dioses
 » que le era imposible cumplir con el
 » mismo cargo durante la noche. Tenia
 » mi hermano sus ocultos motivos para
 » hacer esta dimision, pues Thetis le re-
 » tenia á su lado; mas lo que perjudi-
 » caba á su amor podia favorecer al mio.

» Me presenté por lo tanto á Júpiter á
 » pedir la gracia que Apolo acababa de
 » rehusar: el dios me la concedió, y,
 » colocándome en la cabeza un semicir-
 » culo *, me puso el nombre de Febea:
 » inmediatamente me coloqué en la car-
 » roza de la Luna, y, apoderándome de
 » las riendas, recorrí desde entonces el
 » universo guiada por mis dos coreeles
 » blancos y negros. Todas las noches di-
 » rigian su curso hácia la cumbre del mon-
 » té Latmos; allí encontraba á mi caro
 » Endimion, y bajando de mi carroza,

» El cielo nebuloso
 » Mi ausencia á los mortales encubria,
 » Y en tranquilo reposo
 » Natura aquel desierto adormecia:
 » Solo mi corazón y el de mi amante
 » Sosegar no podian ni un instante.

» Hasta el presente hemos sido felices,
 » y nuestra ternura no ha sido estéril **.

» Propicio el dios Himeneo,
 » Por complacer mi deseo
 » Tanto la prole acrecienta
 » Que un hijo nos da cada año,
 » Y en este, si no me engaño,
 » Completo ya los cincuenta.

* La media luna es el atributo de Diana.

** Pausanias refiere que Diana y Endimion tu-
vieron 50 hijas y bastantes hijos.

» Marcha pues, continuó Diana, márchate, jóven sencilla, y no temas ya mi cólera. Guarda tu virginidad y sírvete de esas flores para coronar la cabeza de tu querido Endimion.» Dicho esto desapareció. Adios.

Diána, que era diosa y no temia
Perder su juventud y lozania,
De pensar tuvo tiempo en sus amores;
Pero tú, que aunque jóven y agraciada
Perderás con los años tus verdores,
¿Por qué yaces tan fria y apagada?

CARTA X.**LATONA.**

Jovino, renunciando á sus amores,
Haria una semana
Que, fiel á su promesa soberana,
Sintió por su mitad nuevos ardores.

Al oscurecer del octavo dia se paseaba cerca de un bosque solitario, reflexionando con placer en la constancia prodigiosa que Juno le habia inspirado, cuando se encontró con dos jóvenes vestales *.

¿Vestales?... ¡quién lo asegura!
Pero tenían su edad,
El mismo talle y beldad,
Y hasta la misma frescura.

Eran estas dos jóvenes Latona y Asteria hijas del titan Ceo. Júpiter las saluda y entabla conversacion; las dos hermanas se inmutan, y como ambas te-

* Recuerde V. que Vesta es la diosa de la virginidad.

nian diverso genio, Asteria huye, y Latona se queda.

Dificultades ofrece
La eleccion entre dos males,
Pues á menudo acontece
Que el que mejor nos parece
Trae consecuencias fatales.

El quedar es lo peor
Cuando peligra la vida;
Mas quien prefiere la huida
Creyendo elegir mejor
¡Guárdese de una caida!

Asi es que Asteria por salvarse cayó al mar, y su hermana Latona se sintió á poco tiempo embarazada. Juno, fuera de sí, suscitó contra esta la serpiente Python, que sin descanso la perseguia, y en vano buscaba Latona un paraje seguro que la libertara de la persecucion del monstruo, pues la Tierra habia prometido á Juno que no daria asilo á su rival. Pero despues de este juramento el cuerpo de Asteria, que vagaba á merced de las olas, fué trasformado en isla por Neptuno, y esta isla, que era flotante, tomó el nombre de Delos.

Latona entretanto llegó á orillas del mar, y ya no hubiera podido escapar de las persecuciones del monstruo á no haberse acercado á la playa la isla de

Delos, que la recibió en su seno, alejándose con precipitación de la ribera.
Durante la navegacion

Neptuno al viento Céfiro confia
Su conduccion; nombró por marineros
Los Amores alegres y ligeros:
Cupido el gobernalle dirigia.

En este asilo solitario fabricó Latona
una cabaña con ramas de palmera, y,
lejos de los hombres engañadores y de
las mujeres celosas, encontró la felici-
dad.

¡Cual te ama ¡oh soledad! el desgraciado,
Creyéndose en tu seno afortunado!
Pero ¿se halla en tu asilo por ventura
De un padre cariñoso la ternura,
De un amigo el consuelo, y de un amante
Las caricias y agrado interesante?

Si la bella, postrada de dolores,
Del fruto de Himeneo precursores,
En tu triste recinto se encontrara,
¿Quién sus penas y llanto consolara?

Tal era la penosa situación á que
Latona se hallaba reducida; pero sugiriéndola fuerzas la naturaleza se apoyó fuertemente contra el tronco de un árbol y parió á Diana. Esta, como hija de Júpiter, poseía la ciencia innata, y acabada de nacer pudo ayudar á su madre en el parto de su hermano Apolo.

Fatigada Latona con este trabajoso parto se abandonó al sueño.

Mas ¡ah! ¡que poco duerme la belleza
Que acaba de sufrir tales dolores!
Agitada en el sueño su cabeza
Con los nuevos cuidados y temores,
Despierta á cada paso, no sosiega,
Y al fruto de su amor de llanto riega.

Mientras reposaba Latona se acercó á la playa la isla de Delos, y la diosa al despertar abandonó su asilo por ir en busca de su padre Ceo.

En tan larga y penosa travesía
A sus hijos llevaba entre los brazos,
Y aunque débil, la carga no sentia
Ni de Juno temia ocultos lazos:
Pues llegando á ser madre la belleza
Su temor se convierte en fortaleza.

Para evitar sin embargo los furores celosos de Juno, precipitó su marcha, lo que ocasionó una ligera inflamacion á sus pechos. Cuando llegó á Licia se sintió acosada de la sed, y pidió un poco de agua á unos trabajadores que se encontraban al pie de una laguna, mas ellos rehusaron dársela; y aunque podia ella misma haberla bebido sin su auxilio, no pudo, como mujer, perdonar

este desaire, y trasformó á los trabajadores en ranas. Por eso

Cuando me hallo sentado en la pradera

Inmediato al arroyo susurrante,

Y el chillido cansado y penetrante

Me despierta de rana vocinglera,

Me parece que dicen sus clamores:

«¡Oh fieles y dichosos amadores!

»Si estimais de una jóven la belleza

»No enojeis de su orgullo la fiereza;

»Ó temed que sus ojos irritados

»En monstruos os conviertan despreciados.

»Sabed que noche y dia, á cualquier hora

»Se merece respeto una señora.»

Libre Latona al fin de la cólera de Juno, pudo educar á sus hijos sin zozobra; orgullosa de reconocer en ellos la sangre del dios de el rayo los preferia á los de cualquiera otro príncipe, y era muy natural semejante orgullo, porque

Si desea ser amada

A los quince la beldad,

No es extraño que casada

Procure por vanidad

La misma felicidad

A su prole idolatrada.

De esta misma debilidad participaba Niobe, hija de Tántalo y esposa de Amphion, rey de Tebas, prefiriendo sus hijos á los de Latona, y haciéndola aun

mas vana sus riquezas y poder. Tantos desprecios indignaron á Latona, quien comunicó el mismo furor á Diana y Apolo, diciéndoles : “ Marchad y vengadme, » pues mis injurias son las vuestras.”

Animados del mismo furor que su madre se introdujeron en el palacio de Niobe, y á su presencia dieron muerte á sus hijos, hijas y esposo. Niobe, sucumbiendo al peso de tanto dolor, fué trasformada en mármol, sobre el cual aun vemos correr el llanto.

Tales fueron las consecuencias funestas de la ceguedad materna ; pero V., amable Emilia, no se intimide jamas con este ejemplo.

Si heredan vuestros hijos algun dia
De su madre las gracias y hermosura,
Bien podeis, sin temer nuestra censura,
Rendir á su belleza idolatría :
¿ Quiere usted que á su madre prohibamos
Adorar lo que en ella idolatramos ?

CARTA XI.
APOLO Y DAFNE.

Voy á hablar á V. del hijo de Latona
conocido y adorado con los nombres
de Apolo, de Febo y de el Sol.

Este dios se asemeja á la Hermosura,
Que, bien gaste las sayas de pastora,
O de reina la fina vestidura,
Siempre es la misma, siempre se la adora.

Desde su mas tierna infancia fué pre-
sentado Apolo á la corte celeste, donde
Jovino su padre le reconoció, y hasta
por la misma Juno fué bien recibido;
habiendo sabido aprovecharse con tal
destreza de este valimiento, que llegó á
ser dios de la luz.

Apolo hermoso,
Encargado del astro luminoso,
Parece que de mi quiere burlarse:
Es perezoso
Cuando aguardo á que salga para verte;
Corre á ocultarse
Cuando en su permanencia está mi suerte.

Al conseguir este destino cambió su
nombre en el de Febo. Mas habiendo

I.

F

abusado de su poder, como todo cortesano favorecido, fué desterrado por secretos amaños, vuelto á llamar por intriga, y llegó á ser sabio por experiencia. Oiga V. el motivo.

Ya sabe V. que Apolo es el dios de las bellas artes, por cuya razon la fábula nos le representa en figura de un mozalvete sin pelo de barba.

Los reyes y deidades se marchitan,
Hasta Jove tambien es un anciano,
Y Apolo se mantiene muy lozano
A pesar de los años que transitan:
A influjo de la edad todo perece,
El ingenio tan solo no envejece.

Apolo inventó la medicina. Esculapio, su hijo y discípulo, ejercia en la tierra este arte milagroso en su principio; mas el tal Esculapio, á pesar de su ciencia divina, hubiera hecho un papel muy ridículo entre nuestros doctores modernos;

Pues no marchaba escoltado
De un ostentoso equipaje,
Ni conocia el lenguaje
De un profesor consumado.
Su estilo, nada afectado,
Y breve sin ser profundo,
Comprendia todo el mundo;
Y era tal su estolidez
Que sanó mas de una vez
Al doliente moribundo.

Aun hizo mas : resucitó á los muertos , y uno de los resucitados fué Hipólito , cuyos prodigios le costaron la vida , pues noticioso Júpiter de que Esculapio se atrevia á usurpar su poder supremo , exhaló contra el infeliz uno de sus rayos ,

Y el furor de Jove eterno
Le dejó bien castigado ,
Mostrando lo que es airado :
Pero el médico moderno
Libre está de ser quemado .

En tanto Apolo , sabedor de la muerte de su hijo , se desespera , vuela con precipitacion á la isla de Lemnos , penetra en las cavernas de Vulcano , y atraviesa con sus dardos á los cíclopes , forjadores del rayo . Vulcano , sin que le contenga su cojera , se presenta en el Olimpo , se queja amargamente de esta violencia : Venus atrae los dioses á su partido , y Júpiter , accediendo á tantas instancias , destierra á Apolo de la corte celeste .

Despojado de sus grandezas el hijo de Latona se vió reducido á guardar el ganado de Admeto , y en esta dulce y apacible vida encontró la felicidad que

en vano habia buscado en la corte celeste.

Errante todo el dia
 Por las selvas y prados deliciosos,
 En los ratos ociosos
 Su talento las Artes producía:
 Y estas bellas hermanas de Cupido
 Al ocio y soledad hemos debido.

Pero la música era su pasión favorita, y es á la que mostró siempre mas alicion.

Un dia, conducido por su estrella
 A ver é idolatrar á Dafne bella,
 Quiso Apolo cantarle sus amores,
 Y su ingenio sutil la lira inventa:
 ¡Oh, quanto el fino amante se atormenta
 Por mostrar de su pecho los ardores!
 Los suspiros, el canto, la escritura,...
 Todo parece poco á su ternura.

Esta lira, que se componia de una concha de tortuga y siete cuerdas, producía, y aun hoy dia produce en manos de Apolo, una armonía encantadora; y sin embargo,

Quando la tomo prestada
 Para cantar tu hermosura,
 No conmuevo tu ternura:
 ¿Si estará desalinada?

Al son de este divino instrumento se fabricaron los muros de Troya. Apolo can-

taba, y las piedras iban por sí solas á colocarse en su puesto. Se cuenta que una de estas piedras, sobre la que solia Apolo colocar su lira, producía, apenas se la tocaba, un sonido armonioso. Si semejante prodigio le parece á V. increíble, voy á convencerla con un ejemplo sacado de V. misma.

El cielo no me ha dotado
De vuestra gracia y talento,
Pero si un breve momento
Me coloco á vuestro lado,
Percibo en mi cierto agrado
Que mueve mi labio á risa;
Mi lengua, siendo concisa,
Dice mucho y bien hablado.
Este enigma descifrado
Patentiza una verdad:
Que la música y beldad
Tienen, según he notado,
Fuerza de electricidad.

Pero Dafne, insensible á la fuerza eléctrica, desdeñó los suspiros y cánticos de Apolo. Unos lo atribuyen á su excesiva virtud, y otros sostienen que adoraba en secreto al bello pastor Leucipo, y yo soy también de su opinion,

Pues cuando la bella, altiva,
Se hiciere sorda al amor,

No dudes que su rigor
Secreta causa motiva.

No la creas tan esquivo,
Obsérvala con cuidado,
Que sus ojos descifrado
El enigma te han de dar,
Si la llegares á hallar
Con su Leucipo adorado.

Considerando esta verdad, debiera Apolo haber renunciado á sus pretensiones; pero, esperándolo todo del tiempo y de la constancia, persiguió un año entero á la fugitiva Dafne. Algunas veces para contenerla en su carrera solia decirle:

¡Ah cruel! deten tu paso,
Que no soy un asesino.....
Soy quien gobierna el Parnaso,
Desciendo del gran Jovino;
Soy médico, soy pintor,
En la música maestro,
En la poesía diestro,
Bailarin, compositor;
Soy químico, boticario,
Buen gramático, orador,
De astrología doctor,
Y soy tambien.... — Temerario;
¿Así enamoras doncellas?
Pues si agradarlas quisieres
Diles antes que son bellas
Sin que tú digas quien eres.

Apolo, como príncipe y dios de la

oratoria, no debia ignorar el gran poder de la elocuencia ;

Mas el amante infelice,
 Con sencillez elocuente,
 Dice solo lo que siente
 Sin pensar en lo que dice.

Dafne por lo tanto se mantuvo inexorable ; mas, extenuada de cansancio y próxima á sucumbir, imploró el auxilio de los dioses, y estos la trasformaron en laurel *.

De una rama de este árbol formó Apolo la corona con que aun adorna su frente. Suele en ocasiones repartir otras iguales al ingenio y al talento ;

Y aseguran que este dios,
 Del árbol que fué su dama,
 Ha desgajado una rama
 Que destina para vos.

Tenia el laurel dos virtudes particulares ; la una era preservar del rayo , y la otra hacer ver durante el sueño la verdad á cuantos colocaban algunas hojas en su cabecera. Yo mismo he querido experimentar esta propiedad, y

* Daphe en griego significa laurel, y en el equívoco del nombre estriba el fundamento de esta fábula.

vea V. lo que me aconteció la última noche.

Cerca de Emilia me hallaba;

Su tez blanca y luminosa,

Como la fragante rosa

Antes de abrirse, brillaba.

Fuego de amor me quemaba,

Pero sus labios se unieron

A mi boca y contuvieron

El volcan que me abrasaba.

A este tiempo Amor ufano

Mis ojos abre y se fué.....

Y pues sabes que sin fe

No hay salud para el humano,

Si el sanarme está en tu mano,

Vence mi incredulidad;

Hazme ver que es realidad

Lo que creí sueño vano.

CARTA XII.**CLYCIA Y LEUCOTHOE.**

Aun lloraba Apolo la pérdida de Dafne, sentado junto al laurel fatal que devoraba con su vista, cuando vino hácia este sitio, para distraer su melancolia; Clycia, hija de la bella Eurynome y de Orcamas, rey de Babilonia. No era grande su hermosura,

Pero cierta palidez
Se notaba en su semblante
En un todo semejante
A la tierna languidez
De la rosa en el estío,
Cuando por falta de riego
Implora contra su fuego
Unas gotas de rocío.

Clycia vió á Apolo, se conmovió y bajó la vista: Apolo hizo otro tanto. Los dos se admiraban á escondidas; pero queriendo disimular sus miradas se encontraban y se turbaba su vista,

Y despues de saborear
Estas dulces sensaciones,

Era mejor el callar,
 Porque ya sus corazones
 Se entendieron sin hablar.

Estos instantes pasaron con rapidez; la noche les sorprendió, y fué preciso separarse; pero uno y otro se prometieron ver al dia siguiente en el mismo sitio. ¡ Como ! me dirá V. ¡ junto al mismo laurel bajo cuya corteza respiraba Dafne todavía! = Sí señora; pero atienda V.

Luego que ya se ha pasado
 De goce el primer momento,
 Solo el reconocimiento
 Al amor ha conservado.

Aquel y el favor logrado
 Hacen ser firme al amante,
 Pero se olvida al instante
 De la belleza cruel,
 A sus halagos infiel
 Y en sus rigores constante.

Clycia procuró cumplir su promesa al dia siguiente; pero como los primeros pasos del amor siempre son tímidos, se hizo acompañar de su hermana Leucothoe. Esta indiscrecion, que tuvo funestos resultados, seria imperdonable en la buena coquetería. En efecto,

Por una costumbre antigua
 La belleza que es prudente

Búscala para confidente
 Alguna vieja estantigua,
 Perfecta imágen del diablo,
 Que hace servicios de paje,
 Y á veces de cortinaje
 Para cubrir el retablo.

Clycia era muy sensible, Leucothoe
 muy viva; la una blanca, la otra more-
 na; mas breve:

Clycia, bastante mimosa,
 Al niño Amor arrullaba,
 Y con ayes le acallaba:
 Su hermana, mas revoltosa,
 Descansar no le dejaba.

Esta picaruela no tardó mucho en sentirse abrasar de amor por el amante de su hermana; y como era mas atrevida, asistió á la cita ella sola. Apolo al principio se sorprendió; pero el placer sucedió en breve rato á la sorpresa, y Dafne, testigo mudo de la entrevista,

Vió sin duda en tal instante
 Comprobar esta verdad:
 Que todo jóven amante
 Se olvida de ser constante
 Al lado de una beldad.

Clycia que buscaba á su hermana, la encontró al fin, pero no en muy buena disposicion..... inmediatamente la rabia

y el despecho se apoderan de su corazón, hasta entonces tan compasivo; vuela al palacio de su padre, le revela furiosa el crimen de Leucothoe, y ella misma le conduce al asilo de los dos amantes. Se encontraban estos ocupados en su tierna despedida: Leucothoe, llorosa y componiendo su velo, le decia á su querido Apolo:

«¡Por qué fatalidad los corazones
 »Que, por dicha, lograron estrecharse,
 »Obligados se ven á separarse
 »No pudiendo vivir sin sus prisiones!
 »Animarse, gozar, estar contigo
 »Quiere mi corazón.... salta agitado
 »Al ver que le separo de tu lado:
 »¿No le oyes suspirar, mi dulce amigo?
 »Jura que has de volver.... sin ti yo muero....
 »Por tí resucitar mañana espero.»

Un beso terminó su despedida. Leucothoe, después de arrojar en torno suyo una mirada, se alejaba sintiendo una palpitation que el recelo y la conmocion del placer originaban, cuando á la salida del bosque se encontró con su padre. Al verle enmudeció y quedó inmóvil; mas el terrible Orcamas, tomando aquel desorden por la prueba de su deshonor, la hizo enterrar viva cerca del laurel fatal.

Clycia, poseida de espanto, huyó de aquellos sitios;

Y viendo Leucothoe lastimosa
Preparar en el suelo su ataud
Acusaba á la Parca perezosa
De su furia y eterna lentitud:
“¡Qué dulce, ella decia, hubiera sido
»Haber, hace un momento, perecido!”

Al dia siguiente se dirigió Apolo al bosque poseido de una turbacion, cuya causa ignoraba, pues

No alteraba su reposo
Ese fuego del deseo,
Del placer feliz correo,
Y mas que el placer gustoso.

Al llegar no ve á nadie, y suspira. Se adelanta, dirige sus miradas por entre la espesura de aquel bosque desierto y silencioso; grita al fin, y el Eco solamente le responde. Mas apenas hubo pisado la tumba de Leucothoe cuando una voz lastimera, elevándose del fondo de la tierra, le dirigió estas palabras:

¡Detente, osado!
Las cenizas respeta de una bella
Que murió por haberte idolatrado.
¡Así tu planta huella
El débil corazon que tus amores
Inspirarle supieron mil ardores!
No pises, imprudente,
Los tesoros que ayer entre caricias

Te hicieron saborear tantas delicias;
 Y cuyo seno ardiente
 Ha gustado tan solo
 Los halagos de Céfiro y Apolo.
 Nunca olvide tu pecho la ternura
 De su amante infeliz, ni sus tormentos...
 Si calmar apetece su amargura,
 Ven algunos momentos
 A regar esta tumba desgraciada
 Con tus tiernos suspiros y tu llanto,
 Que al oír tu quebranto
 Mi sombra quedará mas consolada."

No me detendré en pintar á V. la
 situación de Apolo: baste decir que se
 quedó inmóvil, anonadado, y lo mismo
 que un mortal herido del rayo; pero sus
 lágrimas al fin se abrieron camino y mi-
 tigaron la amargura de su dolor,

Que si aflige pena horrible,
 Luego se calma el quebranto.
 De todo pecho sensible
 Dejando correr el llanto.

Sus lágrimas, humedeciendo la tier-
 ra, penetraron hasta el paraje en que
 yacía el cuerpo de Leucothoe y le rea-
 nimaron. Apareció bajo una nueva for-
 ma, y su amante vió con asombro nacer
 el árbol que destila el incienso.

En tanto Clycia, atormentada por
 los remordimientos, dirigió sus errantes

pasos hácia la tumba de su hermana, y al divisar á Apolo se detuvo. El sentimiento y la indignacion la acosaban á porfia; pero el dios, al verla se alejó desdeñoso, y este desaire decretó su muerte.

La bella, por el hombre desairada,
A quien su corazon tuvo en aprecio,
No pudiendo sufrir el verse ajada
A los golpes sucumbe del desprecio.

Clycia al espirar se trasformó en una planta delicada, cuya flor mira sin cesar al sol, pareciendo que aun en la huida quiere seguir á su amante, y por cuyo motivo se la llama *tornasol*.

Adios: para mañana reservo á V. otras aventuras, pues la materia de nuestros entretenimientos es un tesoro que trato de conservar.

Del ramillete florido
Que en horas de ociosidad
Te prepara mi amistad,
Hoy una flor he cogido
Para admirar conmovido
Su sensible propiedad.

CARTA XIII.

JACINTO, CIPARISO, LA SIBILA DE CUMAS,
CASANDRA.

¡Feliz el que, de Amor abandonado,
En brazos de Amistad busca la calma
Que apetece su alma!
Esta grata deidad con su cuidado,
Con sus dulces caricias y ternura
Alivia del mortal la desventura.

Al lado del joven Jacinto disfrutaba Apolo de este alivio consolador, é insensiblemente se disminuía su llanto, recobrando su corazón la perdida tranquilidad. Pero Céfito, que antes había sido amigo de Jacinto, se encontraba celoso de ver la intimidad que reinaba entre este y Apolo, llegando á tal extremo su furia celosa que un día en que los dos nuevos amigos se divertían en jugar al disco, dirigió con su aliento el disco de Apolo á la cabeza de Jacinto, y le dejó sin respirar. La sangre que corrió de su herida produjo esa flor que

nace al fin del invierno, y que lleva su mismo nombre.

Antes que Primavera deliciosa
Comunique á la tierra su contento,
Esta flor se retira presurosa
Porque teme de Céforo el aliento.

Disgustado Apolo de la amistad volvió á entregarse al amor, y suspiró por la ninfa Perseis, hija del Océano, es decir, que no conocia padre; pues los genealogistas antiguos hacian descender del mar ó de los rios á todos los héroes y ninfas cuyo origen se dudaba. Si hoy dia se admitiese semejante genealogía,

¡Cuanta ninfa y semi-diosa
Veriamos con placer
Del Manzanares nacer
En esta edad venturosa!

La ninfa del Océano, asi como las del Manzanares, se hizo poco de rogar, y en breve fué madre de la famosa Circe,

Esa maga que oráculos dictaba,
Y que, á veces, con sus encantamentos
En brutos á los hombres trasformaba
Sin hacer gran esfuerzo sus talentos.

Todas las noches iba Apolo á visitar á su nueva familia, quedando encargado su rebaño al bello Cipariso, jóven

I.

G

amable que ocupaba en su corazón el lugar del malogrado Jacinto.

Apolo al nuevo amigo le contaba
 Sus cuitas, sus placeres, sus amores,
 De su bella querida los ardores:
 Su amante corazón nada ocultaba.
 Volvia á repetir lo ya contado,
 Las horas detallando, los instantes....
 ¡Qué placer no disfrutaban los amantes
 Si les oye un amigo con agrado!

Después de estas minuciosas confianzas le abrazaba y partía en busca de su querida Perseis; pero un día por desgracia encontró á la ninfa Bolina en el camino, y el dios, no siendo insensible al deseo de agradarla,

Usó del lenguaje suave
 De la mirada y gracejo
 Que hoy día con su cortejo
 Usar toda niña sabe.

Pero la ninfa, demasiado inocente, aunque ya tenia quince años, nada entendió de este razonamiento mudo, y Apolo para hacerse entender se vió precisado á perseguirla hasta los bordes del Océano, donde se precipitó la desgraciada para libertarse de su perseguidor. Compadecida Anfitrite de su desgracia, y admirando su virtud, la recibió en el nú-

mero de sus ninfas, concediéndole la inmortalidad.

Desesperado Apolo de haber sido la causa y testigo de este infortunio, iba á calmar su dolor y remordimientos en los brazos de su amigo, cuando encontró á este espirando al pie de la cabaña.

Cipariso amaba tiernamente á un cervatillo que desde su nacimiento habia cuidado. A la caída de la tarde, queriendo separar del rebaño de su amigo algunas bestias feroces, se armó del arco y flechas, pero el tiro fatal hirió al cervatillo que se hallaba errante en la pradera. Cipariso al verle caer dió un grito, y abrumado de dolor se desmayó: su alma, próxima á abandonarle, vagaba por sus labios descoloridos,

Sintiendo en este momento
El combate duro y fuerte
En que disputa á la muerte
La vida el último aliento.

Al sentir á Apolo abrió sus ojos por la última vez, y con voz casi apagada le dirigió esta triste súplica:

“Por piedad, compadece mis dolores:
»Dame, amigo, la muerte apetecida,

»Pues vivir nadie puede sin amores,
 »Y quien ama, no logra en esta vida
 »Sino penas, disgustos y rigores.»

Al concluir estas palabras, estrechándole Apolo entre sus brazos recogió su último suspiro, y le trasformó en cipres.

Agoviado el hijo de Latona con tan continuados pesares y disgustos llamaba á la muerte en su socorro, y se quejaba á los dioses de su inmortalidad; pero el Amor le proporcionó un nuevo consolador. La Sibila de Cumas vino á visitarle en su retiro, y con aquel tono persuasivo que saben usar las bellas le dijo:

¿Es cierto que dejais estas riberas
 Y el encanto de prados tan floridos?
 ¿No volverán jamas nuestros oidos
 A escuchar tus canciones lisonjeras,
 Ni ya con tus acentos armoniosos
 Cantarás nuestros juegos amorosos?

No, respondió Apolo; para mí ya no hay otro placer que el de la soledad. La Sibila le replicó con ternura:

«Apruebo tu dolor y sentimientos,
 »Y de ellos participa el alma mia;
 »Mas si yo padeciera tus tormentos,
 »Lejos de aborrecer la compañía,

»Para dar un alivio á mis lamentos
 »Buscára la mansion grata y sombría
 »Donde Apolo tranquilo reposára
 »Y á su lado mi llanto se calmára.»

Entonces calló, inclinó la vista, y la mano del pastor encontrando la suya, prosiguió la Sibila:

«¿Ha de serte la vida aborrecible
 »Cuando Amor, al nacer, con gran cordura
 »Te dotó para amar de alma sensible,
 »Y para ser amado de hermosura?
 »Si las ninfas del valle y las pastoras
 »Te ven desaparecer cual seco lirio,
 »Sus lágrimas... ó acaso mi delirio
 »Te harán apeteecer las bellas horas.»

Mientras así hablaba, las lágrimas humedecían sus mejillas; y el dios, por mezclar su llanto con el de su consoladora, la tenía estrechamente abrazada. Despues de un largo silencio, pero expresivo, le preguntó la Sibila con dulce languidez:

«Pero di: ¿mirarás aun con desprecio
 »La hermosa claridad del bello dia?
 —»No; desde que te ama el alma mia
 »De su inmortalidad conozco el precio.»

Tomando entonces la Sibila un pu-

ñado de arena en su mano, y dejándose dar un beso, continuó:

«¡Si pudiera calmar siempre tu llanto!...
 »Mas soy débil mortal, y si perezco,
 »No podré consolarte en tu quebranto.
 —»¡Oh beldad! tus caricias apetezco,
 »Y aunque hacerte inmortal no está en mi mano,
 »Tus días prolongar desde hoy ofrezco.
 —»Pues bien: tu corazón tierno y humano,
 »Que negar no sabrá cuanto le pida,
 »De este puño de arena cada grano
 »Hará que un año aumente de mi vida.»

Y Apolo debió acceder,
 Sabiendo por experiencia
 Que un instante de placer
 Vale un siglo de existencia.

Mas ¡oh desgracia! con el tiempo conoció la Sibila las fatales consecuencias de este presente funesto.

Concluyeron muy luego sus amores,
 Se acercó la vejez, y su hermosura
 Feneció de la edad á los rigores;
 Sin amigos, cercada de amargura,
 De pesares, disgustos y dolores,
 A los dioses decía con ternura:
 ¡Por piedad, condoleos de mi suerte;
 Acabad con la arena y dadme muerte!

El primero de sus disgustos fué la ingratitud de Apolo, que la abandonó por Casandra, hija de Príamo. Esta princesa, despues de una vigorosa resistencia, entró en ajustes y prometió á

su amante hacer una honrosa capitulación, siempre que la concediese el don de adivinar. El hijo de Latona se lo ofreció, jurando por la laguna Stigia no faltar á su palabra; pero Casandra, apenas hubo pronunciado Apolo el juramento irrevocable, se mofó de su credulidad, y el dios, para vengarse, añadió al don que le habia concedido el que jamas se diese crédito á sus predicciones. Aseguran que, despues de la muerte de Casandra, su espíritu profético ha recorrido las cuatro partes del mundo, y que se ha fijado por fin en la capital del imperio mas poderoso de la Europa.

Habita regularmente
Este genio anunciador
Entre la gente de humor,
Y respira el mismo ambiente.
Gusta mucho acompañar
Al versado proyectista,
Al gacetero, alquimista,
Y al que tiene don de errar.
Suele á veces concurrir
Al Prado entre las beldades
A contar mil necedades
Y anunciar el porvenir.
Ya predice cruél guerra,
Ya tormentas, ya bonanza,
Ya tratados de aliánza,
Ya con males nos aterra....

Pero no tengais cuidado
Que Casandra profetice,
Porque nunca lo que dice
Se ha visto verificado.

Apolo se consoló muy luego de la
burla de Casandra en los brazos de la
ninfa Climene, de quien tuvo á Phaeton
y sus hermanas.....

Pero Apolo seductor,
Con su Climene contento,
Va á descansar un momento,
Ya sabreis que en el amor
Es fuerza tomar aliento.

CARTA XIV.**LAS MUSAS.**

Un esposo, en sus ardores
Promete fidelidad
A su querida mitad;
Y en sus felices amores
Solo tienen un deseo.
Idolátrala Aristéo,
Y es querido y es amado....
Pero Anita vive al lado.
Es Anita una doncella,
Loca, tonta, vivaracha,
Y traviesa cual muchacha,
Mas nada tiene de bella;
Y de Aristéo la esposa
Es divina, es una diosa
Que deslumbra con su agrado....
Pero Anita vive al lado.
Apolo gime y suspira
Por Clymene encantadora,
Cuya gracia seductora
El fuego de amor inspira;
Con sus ocultos tesoros
El dios calmaba sus lloros,
Creyéndose afortunado....
Mas Castalia vive al lado.

Esta ninfa agradó á su vecino; suspiró, y ella fingió no oírle; suplicó, y ella se mantuvo inexorable; la persiguió,

y la ninfa, por salvarse, huyó hasta el pie del monte Parnaso, donde los dioses la trasformaron en fuente.

En sus bordes reposaba su amante, mezclando su llanto con las aguas, cuando una melodía encantadora que se percibía en lo alto de la montaña le sacó de su enagenamiento. Al punto se levanta, se dirige por un sendero rodeado de mirtos y palmeras, y cuanto mas se acerca tanto mas se apodera de sus sentidos el encanto de la armonía. Se detiene por fin á la entrada de un bosque, á cuya sombra vió un grupo de ninfas sentadas al derredor de un ameno anfiteatro.

Estas eran las que formaban aquel divino concierto por medio del dulce acorde de sus voces é instrumentos; pero á la vista de Apolo, armado del arco y flechas, la reunion tímida buscó su seguridad en la espesura del bosque. El pastor entonces templando su lira cantó las siguientes coplillas:

Ninfas, oid, escuchad;
 Dignaos ver mi atractivo,
 Reine entre todos la paz:
 Sois bellas, yo compasivo;
 Ninfas, oid, escuchad.

Teniendo flechas por ojos
 ¿Asi de mi lado huis?
 ¿Por qué los bellos despojos
 Con el Amor no partis,
 Teniendo flechas por ojos?

Ya conocerá V. que Apolo aun era novicio en el arte cuando compuso estas letrillas; pero al mérito de la improvisacion reunen el de alabar la belleza, cuya circunstancia todavía hace pasar por buenas hoy día bastantes simplezas. Y asi, querida Emilia,

No preguntes el motivo
 Que me anima á cada instante
 A pintar de tu semblante
 El poderoso atractivo.

Tus gracias bellas describo,
 Porque asi, tu perfeccion
 Absorviendo la atencion
 De críticos desafectos,
 No ven estos los defectos
 De mi versificacion.

Las ninfas entretanto se habian detenido para escuchar á Apolo, y este, al concluir su cancion, encontrándose con ellas: "Soy, les dice, hijo de Júpiter y Latona. — Y nosotras, le contestan, hijas de Júpiter y Mnemosina. — ¡Luego soy vuestro hermano! ¡Ah! ¿me será permitido dar un abrazo á mis hermanas?" Las ninfas se sonrosa-

ron y le concedieron el beso fraternal. Apolo en seguida les prodigó mil alabanzas, falsas ó verdaderas, sobre la melodía de su voz, y ellas por su parte le devolvieron otras tantas; pues ha de saber V. que entre profesores artistas

Los elogios encumbrados
Que el uno al otro se dan,
Son ochavos azogados
Que á reales no llegarán.

Pero, dejando esto aparte, la fraternidad de las artes unida á la estrechez del parentesco hizo nacer entre el hijo é hijas de Júpiter tan dulce intimidad que, á pesar de la diferencia de sexos, siempre ha sido sincera su amistad. Resolvieron en su consecuencia vivir juntos y establecer una academia: Apolo se encargó del plan, fijando por base la ley de la concordia, y poniendo á sus hermanas el nombre de Musas * para manifestar su igualdad. Concluido el plan distribuyó el dios del Parnaso entre sus hermanas las artes y ciencias segun el genio y disposicion de cada una. Señaló

* Segun Casiodoro la palabra *musa* se deriva de una voz griega que significa *iguales*, *semejantes*.

dia para la abertura de la academia, y se celebró de este modo:

Abrióse la sesion, y placentera
Caliope en hablar fué la primera,
Pronunciando un discurso vehementemente,
Gustoso, persuasivo y elocuente.

En seguida, mostrando desconsuelo,
Melpómene cubierta con su velo,
Lastimóse con voces doloridas
De las tristes desgracias ocurridas
A los fuertes y heróicos varones;
Y lloró del amor las ilusiones,
Causando sus acentos lastimeros
Recuerdos, aunque tristes, lisonjeros.

Talia con su rostro enmascarado,
De sátira picante revestida,
Reprendió con lenguaje apicarado
Del mortal la conducta pervertida.

Polimnia moduló con grave acento
La nobleza y valor de antiguos Cides,
Elogió sus virtudes, su talento,
Y el honor que ganaron en las lides.

Cantó Clio del héroe la gloria,
Perpetuando su nombre con la historia.

Urania, preparando sus tabletas,
El sistema explicó y el movimiento
De la luna, del sol y los planetas.

Erato, en pastoril y dulce acento,
Describió de aldeana los amores
Y del campo halagüeño los verdores;
En tanto que, con flauta suavizada,
Euterpe acompañaba la tonada;
Y bailando Terpsicore ligera,
Terminóse funcion tan placentera.

En poco tiempo estas reuniones se

hicieron célebres ; la reputacion de las ninfas se extendió mas allá de los confines de Grecia, y el hijo de Latona, desposeido del trono de la luz, se elevó al trono del Genio. Apenas se celebraban fiestas á que no concurriesen Apolo y sus hermanas para hacerlas mas brillantes ; y para trasportarse de unas á otras con mas decencia y comodidad

Debieran haber comprado
Una carroza dorada
Por seis corceles tirada ;
Mas como nunca ha gastado,
Sin faltar á la etiqueta,
Carroza ningun poeta,
No quisieron alterar
El modo de caminar.

Las carrozas se inventaron
Para los gratos amores,
Cuyos ardides traidores
A la fortuna halagaron.
Solo por esta razon
En cualesquier ocasion
Las Gracias han dominado
Y á las Musas empolvado.

Mientras estas inútilmente delibera-
ban sobre el modo de viajar, apareció
en los aires un caballo alado, que era
el célebre Pegaso. Este fogoso corcel,
nacido de la sangre de Medusa, habia
dirigido su vuelo al monte Parnaso, y al

descansar sobre un peñasco hizo brotar
de una coz la fuente Hippocrène ;

Esa fabulosa fuente,
De que tontos á millares
Piensan gustar la corriente
Bebiendo en el Manzanares.

A la voz de Apolo se detuvo Pegaso,
y el dios, montando sobre él, colocó
á las Musas á su lado, y ordenó al corcel
que los condujera á la corte de Baco.
Pegaso desplegó sus alas y en el mismo
instante

Volar se vió ligeras,
Con garboso donaire,
Por la region del aire
Las Musas placenteras.

Mas en breve se las perdió de vista, y
su caballo, tan rápido como el pensa-
miento, llegó á la corte de Baco ;

Y sabiendo ya todos su venida,
La turba cortesana se apresura
Por ver tanta belleza reunida ;
Mas al verlas, su vista quedó herida,
Cual hoy dia nos hiere tu hermosura.

Adios. Esto último parece un cum-
plimiento, y no ignoro que debo excu-
sarlos con V.

Mas si el cumplimiento es hijo
De la necia falsedad,
Aquellos que yo dirijo
Proceden de la verdad.

CARTA XV.**MARSYAS.**

Baco, en cuyo palacio fueron acogidas las Musas, era un príncipe tan ilustre por sus victorias como por el amor que profesaba á las bellas artes. Reinaba en Nisa en compañía de la bella Ariadna, con quien se habia casado en la isla de Naxos, y se componia su corte de los hombres mas célebres en aquella edad.

Para celebrar la llegada de las Musas dió un baile, en el que se presentó Terpsícore y enagenó á todos los cortesanos, desesperando al mismo tiempo á todas las señoritas.

Los Amores sus pasos dirigian,
El Deleite sus huellas no dejaba,
El Placer sus encantos animaba,
Sus mudanzas los pechos encendian.

Al baile siguió un concierto, en el que Euterpe y la jóven Erato se distinguieron á la vez; pero los aplausos se redoblaron á la llegada de Marsyas.

Este hábil profesor habia encontrado en una fuente aquella flauta que Minerva arrojó en otro tiempo; y habiéndose ejercitado en este divino instrumento, le hacia producir unos sonidos armoniosos. Al ruido de las aclamaciones sintió Apolo cierta inquietud, que en breve se disipó, prometiéndose la victoria. En efecto, si la flauta de Marsyas encantó á los oyentes, la lira de Apolo les extasió.

Picado el Frigio de esta superioridad se levanta, y á presencia de toda la corte desafía con tono arrogante á su rival, y el hermano de las Musas acepta el desafio, con la condicion de que el vencido se sujete de antemano á la discrecion del vencedor. Marsyas toma la flauta é invocando á Minerva

Cantó con melodía

El sonido armonioso de las aves,

Y con acentos suaves

Expresó del amante la alegría,

Imitando con tono muy meloso

El ruido del arroyo silencioso.

En seguida, cambiando

De metro, y con el eco jugueteando,

Bosquejó un prado ameno

Do se hallaba sentado el buen Sileno,

Danzando en torno suyo los pastores

Y sátiros, eternos bebedores.....

I.

H

Mas en este momento
 A lo lejos resuena un triste acento,
 Cuya voz compasiva
 La daba una Driade fugitiva,
 Que se hallaba, sin duda, en gran aprieto
 Por faltarla algun sátiro al respeto.
 Grita cuanto ella puede,
 Mas al grito el silencio le sucede.....
 La esperanza y despecho
 Agitan y estremecen á su pecho!...
 Y el placer, breve rato interrumpido,
 Revive con el ¡ay! apetecido.

Ya Marsyas habia finalizado, y aun
 el concurso le escuchaba; pero al hacer
 el saludo de costumbre el furor entu-
 siasta prorumpió en mil aclamaciones.

Todo era aplausos, palmadas,
 Confusion y griteria:
 El uno ¡bravo! decia
 Con voces descompasadas,
 El otro daba patadas,
 Clamando: ¡viva el flautista!
 Todos al hábil artista
 Rendian adoracion:
 Jamas tanta aclamacion
 Ha logrado un operista.

Apolo, despues de haber arreglado
 su lira y voz durante el alboroto, im-
 puso silencio por medio de un prelude,
 y abandonándose en seguida al delirio
 de su arte, hizo gustar á todos los co-
 razones la embriaguez del deleite. Mar-
 syas perdió el color, reconociendo á su

pesar la ventaja de la voz sobre los instrumentos. En efecto,

El instrumento sonoro
Logra á veces divertir,
Mas nunca podrá decir:
"Eres bella, yo te adoro."

Luego que Apolo consiguió interesar la asamblea á su favor, dirigiéndose á Ariadna, cantó los siguientes versos * :

En medio de sus penas y dolores,
Cual las tempranas flores
Ostentan brillantez maravillosa
En alba luminosa,
Su tez lucientes rayos despedia:
¡Oh ninfas, y qué bella os parecia!
De su voz los acentos
En muy breves momentos
Atraen sobre las playas arenosas
Un millon de Nereidas bulliciosas;
Anfitrite seguia,
Neptuno sus corceles reunia,
Todos se apresuraban,
Y al ver tanta belleza se cegaban.

Sobre la undosa mar ella se arreja,
Y Anfitrite se enoja,
Temiendo que le usurpe el poderio
Que ejerce sobre el agua á su albedrio.

Un victorioso jóven aparece
Que Himeneo la ofrece
Para dar un alivio á su amargura;
Y uniendo la Hermosura
Este dios á la Gloria inapreciable,
Supo hacer una de otra inseparable.

* Véase la Carta XL, parte tercera.

Bien fuera por justicia, por intriga, ó mas bien por adular á la reina, estos versos agradaron muchísimo, y todos á una voz pidieron que se repitiesen: Marsyas desde luego presagió su vencimiento. Pero Apolo, fiándose poco de los aplausos que habia merecido por elogiar á una mujer, quiso comprometer á todas.

Eran muy celebradas en toda la Grecia la Venus de Praxiteles, que se adoraba en Gnido, y la Galatea de Pigmaleon, á quien Amor habia animado. Apolo, teniendo presente estas obras maestras, y dirigiendo sus miradas á las cortesanas mas amables, cantó acompañándose con su lira:

De cada jóven hermosa
 Praxiteles escogió
 Lo mas bello, y modeló
 Una Venus primorosa.
 Si tuviera su talento
 Otra tal yo compusiera,
 Cuyas gracias eligiera
 De cuantas oyen mi acento.
 Ojos, seno y estatura
 De Polixenia tomára;
 A Eroxenia la blancura
 Y linda boca robára;
 La sencillez á Eucarisa,
 A Cloe su buena fe
 Y aquella dulce sonrisa
 Que está diciendo: amamé.

Si copiando la belleza
 Que admiro en cada modelo,
 O, la que oculta su velo,
 Bosquejando con destreza,
 Fielmente representára
 Con sus bellas proporciones,
 Ay! y cuantos Pigmaleones
 Mi Galatea formára!

Y si para darla vida
 Me consultase el Amor,
 En sus ojos, Eufosida,
 Pusiera tu buen humor.
 Linda Aglaé, un solo grano
 Tomára de tu malicia;
 Y el corazon de Euridicia
 Palpitaria en mi mano.

Mas ¿por qué mi voz ligera
 Al unir tantas beldades
 Me describe una quimera
 De apreciables realidades?

En tanto que yo las junto
 Se rie de mí el Amor,
 Y así, desprecio el conjunto,
 Por amar el pormenor.

No me detendré en pintar el enagenamiento con que fué aplaudido este elogio; baste decir, para que V. forme una idea, que todas las señoras estaban por él interesadas, en cuanto los ojos de Apolo habian señalado á todas las que sus labios no habian podido nombrar; de modo que la victoria se le decretó á voz unánime. Pero la barbaridad con que se portó oscureció su gloria. Des-

pues de haber atado á un pino al infeliz Marsyas tuvo el inhumano placer de desollarle en vida: las lágrimas y sangre de este desventurado formaron un rio que tomó su nombre.

Ya ve V., cara Emilia, que aun es mas fácil vencer que perdonar; pero nunca olvide V. que tambien es mas glorioso perdonar que vencer.

¡ Oh tú, que de Cupido
El imperio engrandeces y la gloria,
Permite que rendido
A tus plantas invoque la victoria,
Y tus ojos en tanto
Consuelen del vencido el tierno llanto!

CARTA XVI.**MIDAS.**

Ya conocerá V., Emilia, la especie fértil de nuestros modernos Midas, que se alaban de tener ingenio y poseer un gran caudal de conocimientos, que nuestra ingratitud les niega. Con mucha mas razon podrian estos señores alabarse de la nobleza y antigüedad de su cuna; pues Midas, su primer padre, era rey de Lidia y contemporáneo de Baco. Es una lástima para nuestra escena lírica que este conocedor no haya vivido en nuestros dias;

¡Oh cuantos progresos agora no haria,
A nuestros sabiondos sirviendo de guia,
Y á tantos pedantes asaz presumidos
Que solo poseen su nombre y oidos!

Habiendo este príncipe oido hablar del talento sublime de Apolo, dijo, apoyando la mano en la cadera: «¡Voto á brios que de buena gana juzgaria á este hombre! traedle á mi presencia.»

Apolo viene al fin, y Midas, tartamudeando, dejó caer de la altura de su grandeza estas palabras:

¡Ola! ¿tú sabes cantar?
 Está muy bien; voy á verlo.
 No porque sepa solfear
 ¡Jove me libre saberlo!
 Pero soy tan entendido
 Que, sin haber estudiado,
 Todo lo sé; y he llegado
 A ser un sabio instruído.
 Y cuando mi alteza toma
 A su cargo una sentencia,
 Usa del técnico idioma
 Que es propio de cada ciencia.
 Mas una cosa te advierto,
 Y es: que serás alabado
 Si nos agrada el concierto,
 O cual berraco chillado
 Si tu voz nos causa tedio;
 Pues en nuestra reunion
 Jamas admitimos medio:
 O aplaudimos con teson
 Y la palma adjudicamos
 Al cantor que es excelente,
 O á silencio condenamos
 Al que no es sobresaliente.

En tanto que Midas desembuchaba estos impertinentes preliminares llegó Pan, su favorito, para asistir al desayuno.

Era Pan un buen labriego,
 De los muchos que aun existen,

Cuyos talentos consisten
 En cantar coplas de ciego,
 O en arañar la vibuela
 Entonando canto llano,
 Y su nombre corre y vuela
 Del uno al otro villano.

El rey apenas le vió entrar se levantó á recibirle, y conduciendo á Apolo de la mano, dijo al favorito: "Aquí te presento un rival, ó mas bien un nuevo triunfo. Vamos, señores, el momento es favorable: mi barbero está aquí: comenzad, que ya escucho."

Pan cantó el primero, y Midas al oírle estuvo mas de una vez expuesto á quedar electrizado. Levantaba los ojos al cielo, pateaba con pies y manos, y gritaba casi tan fuerte como el cantor,

Cual asno, que en un prado está paciando,
 Y escuchando la voz de otro borrico
 No puede contenerse, abre el hocico
 Y rebuzna tambien el duo haciendo.

Mas luego que por fortuna hubo concluido comenzó Apolo, y Midas á breve rato le interrumpió diciendo:

Tú cantas como si hablaras;
 ¡Qué detestable manera!
 ¡Qué chillidos!... mas valiera
 Que tu pecho suavizáras.
 ¿Dónde se hallan tus oídos,

Tus voces tan arregladas,
 Tus cadencias moduladas
 Y los trinos sostenidos?

Dirigiéndose despues á su favorito,
 añadió con sonrisa protectora:

“Aun es jóven todavía,
 Pero como él se dedique
 A tu método algun dia,
 Y á mis lecciones se aplique,
 Antes de poco yo espero
 Hacerle diestro cantor,
 Y que imite con primor
 La suavidad del jilguero.”....

Aun hablaba Midas cuando sintió nacer por entre sus cabellos un par de orejas bastante largas y velludas. Espantado de este prodigio huyó Pan con precipitacion sin aguardar la recompensa. Apolo se retiró vengado, y el príncipe se quedó solo con su barbero, quien le cubrió mañosamente con la peluca las orejas milagrosas y desmedidas; el rey le exigió bajo promesa la inviolabilidad del secreto, y el barbero asi lo juró; mas por desgracia

Aunque el mal y el bien se oculta,
 Y en las edades pasadas
 Fueron las hembras calladas;
 Hoy dia el hombre sepulta
 Las maldades en su seno,
 Y publica el mal ageno.

El barbero encargado del secreto de su señor no pudo sostener por mucho tiempo esta pesada carga, y haciendo en paraje solitario un hoyo profundo metió en él su cabeza y pronunció estas palabras: "el rey Midas tiene orejas de asno." Cubrió en seguida su secreto y se alejó. Pero de allí á poco tiempo produjo la tierra en aquel mismo sitio unos cañaverales que cuando el aire los agitaba mormuraban entre sí: "el rey Midas tiene orejas de asno."

Ya ve V. que en aquellos tiempos los secretos enterrados echaban raíces y crecían como las plantas.

Si hoy dia cual entonces sucediera,
El Céliro las rosas agitando
Del huerto que cultivas placentera:
¡Cuál te adoro! dijeran suspirando.

No pudiendo ya Midas vivir de incógnito, se marchó desesperado á buscar un asilo en la corte de Baco. Este dios, con el fin de consolarle, ofreció que le concedería la primera gracia que le pidiese, y el príncipe orejado impetró el privilegio de convertir en oro cuanto sus manos tocasen.

Ciertos Midas aun procrea
 Nuestro reino en su codicia,
 Cuya insaciable avaricia
 Oro y mas oro desea.

¡Infelices! ¿Por ventura
 Ha dado el oro viveza,
 O la estúpida torpeza

Ha convertido en cultura?

Con el oro ¿se librará
 Vuestro pecho empedernido
 De las flechas que Cupido
 A los mortales dispara?

¿Tendriais menos disgustos?

¿Seriais mas estimados,
 Mas nobles y mas honrados,
 Menos groseros y adustos?

Formados de lodo inmundo,
 Aun cuando vuestros caudales
 No cupieran en el mundo,
 ¿Fuérais menos animales?

Antes de concluir el dia ya Midas
 se hallaba arrepentido de su indiscreta
 demanda: al acercar los alimentos á su
 boca se convertian en oro, y este rico
 indigente se vió en poco tiempo acosa-
 do del hambre:

Tal que el anciano gotoso
 A un banquete convidado
 No quiere probar bocado,
 De sus males temeroso;
 El banquete ya acabado
 De la mesa se levanta,
 Y humedece su garganta
 Con el agua que ha sobrado.

Compadecido Baco de su arrepentimiento, y satisfecho con la leccion que le acababa de dar, le mandó que se bañara en las aguas del rio Pactolo si queria libertarse de aquella virtud fatal; y este rio, que atraviesa la Lidia, arroja desde entonces arenas de oro.

Sentado el otro dia me encontraba
 Al márgen de una fuente
 Y admirado noté que su corriente
 Dos cogollos de rosa sustentaba;
 Venian á su lado
 Varias hojas de lirio amoratado,
 De dos plantas seguidas
 En el brillo y fragancia parecidas.
 Plumas de mil colores circundaban
 Este objeto precioso,
 Y mi pecho sencillo y candoroso
 Notó que á las de amor se asemejaban.
 De gozo trasportado
 Recordé que sus aguas han bañado
 Tus gracias con frecuencia:
 Entonces, poseido de demencia,
 Ante el agua me postro reverente
 Cual si viera de Lidia la corriente.

P. D. Bien hubiera querido hablar á V. de algunas otras aventuras de Apolo, de su llamamiento á la corte celeste, de su aventura en la isla de Rhodas, de sus templos, oráculos y sacerdotisas; pero la conclusion de las vacantes pone fin á nuestros entretenimientos, y el

placer de volvernos á ver sucederá al
de escribiros.

En las huestes de Temis * alistado,
Es forzoso partir, y feliz fuera
Si, de aplausos y gloria rodeado,
En su templo la diosa me admitiera.
Feliz, si la celeste y pura llama,
Cuyo fuego voraz mi pecho inflama,
Trasmitir consiguiera á mis oyentes.
Armado de razones elocuentes,
Y en medio del concurso numeroso
La débil inocencia defendiendo,
¡Qué triunfo se consigue mas glorioso,
La calumnia y el crimen abatiendo!
De tan bella esperanza poseido,
De Roma admirador, seguir anhelo
Al sabio Ciceron, tan aplaudido,
¡Feliz si secundára tal modelo!
Mas ¡ah! Cuando postrada mi bravura,
A tus plantas invoca la clemencia,
¡Por qué yo no poseo su elocuencia
Y tú de sus oyentes la ternura!

* El autor emprendia entonces la carrera del foro.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

ÍNDICE.

A EMILIA.	pág.	5
PREFACIO.		7
CARTA PRIMERA.		9
VESTA Y CIBELES.		15
SATURNO.		19
JÚPITER.		25
JUEGOS OLÍMPICOS.		34
JUNO, IO, HEBE, IRIS.		47
MINERVA.		54
CERES Y PROSERPINA.		60
DIANA Y ENDIMION.		67
LATONA.		75
APOLO Y DAFNE.		81
CLYCIA Y LEUCOTHOE.		89
JACINTO, CIPARISO, LA SIBILA DE CUMAS, CASANDRA.		90
LAS MUSAS.		105
MARSYAS.		112
MIDAS.		119

INDICE

1 A EMILIA

7 HISTORIA

9 CARTA QUINERA

13 VISTA Y CUBIERTA

14 GARDIA

21 NUBES

24 DUELOS

27 UNO (CON HELEN)

28 NUBES

30 GENTE Y PROSPECTA

37 UNO Y EXHIBICION

38 HISTORIA

42 UNO Y CUBIERTA

50 UNO Y EXHIBICION

51 UNO Y CUBIERTA

59 UNO Y EXHIBICION

60 UNO Y CUBIERTA, LA SEÑALA DE

68 UNO Y EXHIBICION

70 UNO Y EXHIBICION

71 UNO Y EXHIBICION

72 UNO Y EXHIBICION